

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — Tomo V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, calle del faubourg Montmartre, n.º 10, en Paris.

Año 14. — N.º 109.

SUMARIO.

Episodios de la guerra de Crimea; grabado. — Nostalgia. — En el álbum de la señorita O. de T. M. — Museo de carrajes históricos en Versalles; grabados. — Revista de Paris. — Un matrimonio á la antigua. — Correspondencia de Crimea; grabados. — La hija del capitán. — Minas de cobre del Ued-Allelah en la Argelia; grabados. — Los pozos artesianos de Tugur; grabado. — Un matrimonio por fuerza. — Revista de la moda. — Dos vistas de Inkermann; grabados.

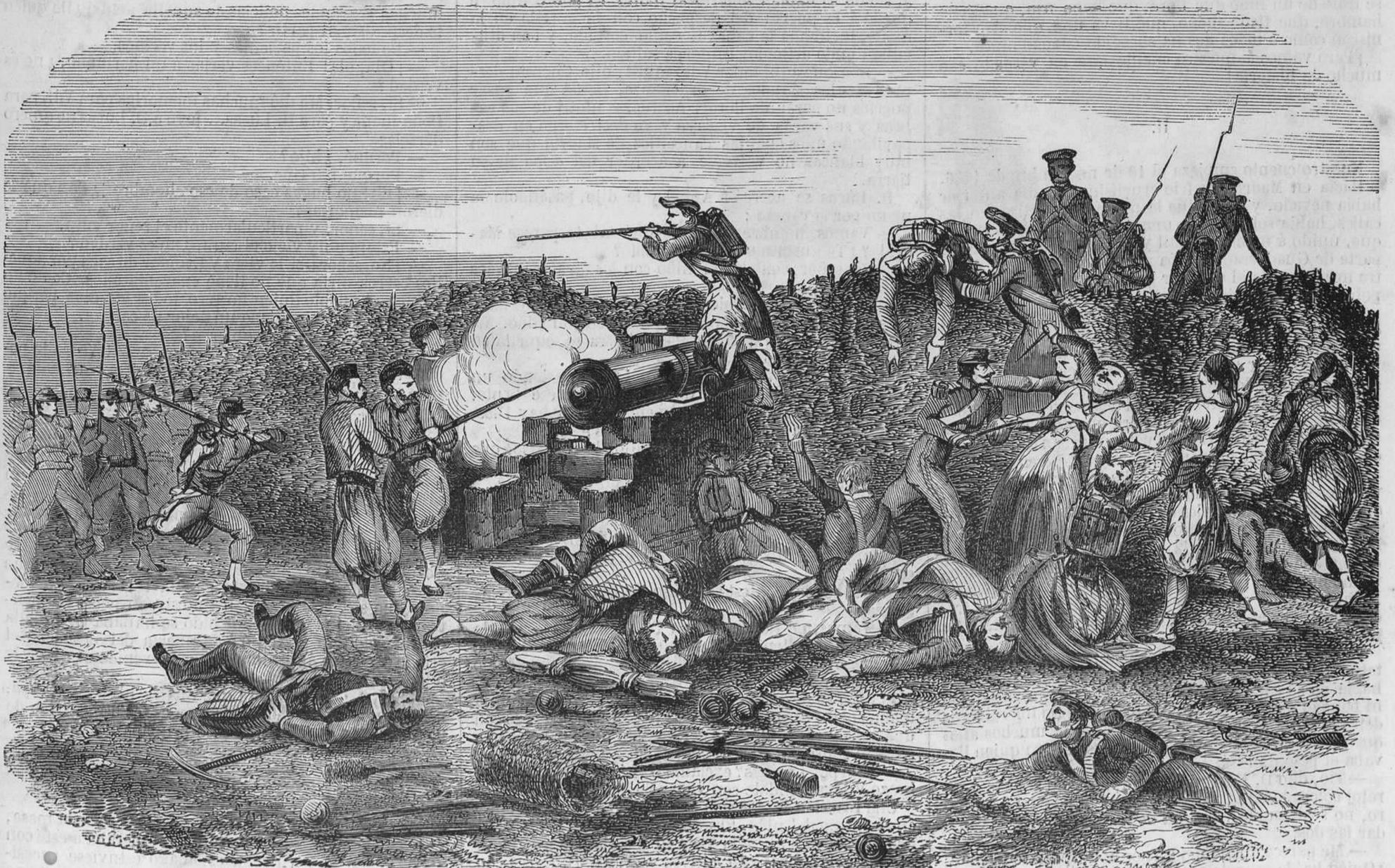
Episodios de la guerra de Crimea.

Los rusos han adoptado desde hace algun tiempo un nuevo medio de cansar á los sitiadores, dirigiendo cada

dia nuevas salidas contra sus obras. Un poco ántes de amanecer salen de la plaza en partidas de cuarenta y cincuenta, y se adelantan hácia las baterías, saltan en silencio las fortificaciones y clavan las piezas, hasta el momento en que se da el grito de alarma y las tropas caen sobre ellos á bayonetazos. Estas expediciones mandadas por un oficial, honran mucho á los dos ejércitos; pues si los resultados son poco ventajosos para el enemigo, y si cada noche los valientes soldados franceses derrotan á los importunos que vienen á turbar su sueño, cada noche vuelve á la carga otra partida, que una esperanza engañosa arrastra á una pérdida segura. Por ambas partes se hacen prodigios de valor y de audacia; en la oscuridad, en las troneras de los cañones pasan dramas terribles que serian memorables en ambos campos si pasaran de dia. Los tiros en estos combates son muy raros; los adversarios se miden cuerpo á cuerpo. Cuando un soldado reconoce en la masa que se

mueve delante de él un enemigo, ya no le abandona y comienza entre los dos un duelo á muerte; uno de ellos debe sucumbir, pues solo ha de contar con sus propias fuerzas para salir victorioso de aquella lucha; no hay socorro posible, el triunfo ó la muerte.

« Una noche, dice nuestro corresponsal, he podido asistir á uno de esos combates supremos, y he tratado de representar en el adjunto dibujo sus caracteres mas notables. Estas salidas, añade, aunque sin importancia para nosotros, trastornan diariamente las costumbres regulares del ejército, por cuyo motivo el comandante ha debido escogitar los medios para que cese esta situacion anormal, y ha creado una guardia de trinchera compuesta de voluntarios, como ántes habia formado los francos-tiradores, para que manteniéndose delante de las baterías impidan á los rusos que vengan á clavar nuestras piezas. »



Ataque de una batería francesa por los rusos, en el campo de Sebastopol.

NOSTALGIA.

I.

Las páginas que vamos á escribir no constituirán una novela ni de tal tendrán pretensiones. Tendránlas sí, de un cuadro de costumbres fielmente copiado del natural, mérito que nadie podrá negarles ya que no pueda concedérseles otro. Si las calificamos de novela, diríase, con sobrada razón, que hacíamos novelas sin piés ni cabeza.

Como sabemos muy bien que de cada cien lectores, los noventa buscan asuntos graves mirando con soberano desden los asuntos triviales, debemos advertir, para que nadie malgaste tiempo, que estas páginas no están acordes con el gusto dominante en la grave sociedad actual.

Los que pertenezcan, pues, á la inmensa mayoría de la sociedad actual, no pierdan tiempo en leerlos, porque al fin y al cabo nos han de abandonar con cara de vinagre. Y verdaderamente tendrán razón para ello: el héroe de nuestra narración es un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia, y... ¡bah! ¡quién hace caso de niños!

Los niños son hombres *pequeños* y *débiles*, y en el siglo XIX los que merecen historias y epopeyas son los hombres *grandes*, y el interesarse por los *débiles* estaría muy en su lugar allá en tiempo de la andante caballería, cuando un hombre con mas barbas que su padre y mas muertes de moro sobre su conciencia, que Ruy-Díaz de Vivar vertía la lágrima tan gorda y no se hartaba de dar tajos y lanzadas por una dueña dolorida.

Es verdad que Cristo era amigo de los niños, pero ¿qué tienen de comun con Cristo los hombres del siglo XIX? Cristo era el hombre del Evangelio, y la inmensa mayoría de nuestros lectores son los hombres de Montesquieu y de Proudhon. ¡El Evangelio! ¡Un libro en que se dice que todos los hombres son hermanos! ¡Un libro en que se manda dar al César lo que es del César! ¡Un libro en que se ensalza á los pobres de espíritu y á los ricos de corazón! ¡Un libro en que se insulta á la lógica y al sentido comun llamando bienaventurados á los que lloran y á los que creen! ¡Bah! es cosa convenida que el hombre del Evangelio no sabia lo que se pescaba. Como que por meterse á redentor le crucificaron.

Pero volvamos á nuestro cálculo. Si de cada cien lectores los noventa buscan asuntos *graves*, diez debe haber que no desdeñen los asuntos *triviales*, y para esos diez escribimos estas páginas. Esos diez no encontrarán en ellas *piés ni cabeza*, pero tal vez encontrarán *corazon*. Esos diez serán los que no conocen á Proudhon ni á Montesquieu, y si solo el Evangelio; esos diez serán los pobres de espíritu y los ricos de corazón, únicos á quienes puede interesar un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia; únicos que pueden recorrer sin poner cara de vinagre unas páginas en que se trata de un niño que llora, que tiene frío, que tiene hambre, que tiene sueño, que lleva uno que otro torniscon como á todos nos ha sucedido cuando niños.

¡Pero vamos á nuestro cuento que en verdad tiene mucho de historia!

II.

Nuestro cuento empieza el 10 de noviembre de 1836.

Hacia en Madrid un frío cruelísimo: el día anterior había nevado, y ántes que la nieve se derritiese en las calles, había sobrevenido una escarcha muy fuerte, lo que, unido á un cierzo sutil y glacial que soplabá de la parte de Guadarrama, daba á la temperatura de nuestra insigne villa el carácter de la temperatura de una población de Siberia.

D. Juan Quijano, rico banquero que habitaba en la calle de Toledo, estaba en su despacho, situado en el piso bajo de la casa, con su sobrino D. Lucas, y en una pieza inmediata trabajaban en silencio colocados en sendos bufetes, dos dependientes dedicados á la contabilidad y la correspondencia. El despacho del banquero tenía una ventanilla con vidriera que daba á la oficina general, y por donde tío y sobrino miraban con frecuencia, cuidando que los dependientes atendiesen cada cual á su negocio, frase de que se valía D. Lucas para reconvenirlos cada vez que los oía hablar de cosas extrañas á los asuntos comerciales de la casa.

D. Juan era un hombre como de cincuenta años, colorado, robusto, de nariz prolongada y de pulcra y disimulada peluca, tan disimulada que sus dependientes no hubieran notado que la gastaba á no ser por las bachillerías de su mujer doña Juana que en sus frecuentes reyertas se lo echaba en cara llamándole *tío peluca*.

D. Lucas tendría de veintiocho á treinta años: su estatura era poco mas que la de un perro sentado, y nada había en su cara ni en sus palabras que revelase genio ni bondad de corazón. Sin embargo, su tío toleraba sus defectos y hasta le quería, porque hacia muchos años que estaba en la casa, y podía decirse que era quien llevaba el peso de esta.

— Tío, dijo D. Lucas á D. Juan, alzando la vista á un reloj colocado en la pared frente al bufete del banquero, no se descuide Vd. si ha de ir á la Bolsa, que van á dar las dos.

— Me parece que lo dejaré por hoy, contestó D. Juan. ¿Quién ha de salir de casa con un día tan cruel? Anda, que en muriéndome yo, campana por gaita. Además

no tardará en llegar el chico y tengo ganas de verle. Me dice mi hermano Martín que el día 1º salió de allá en la galera de Chomin, y segun mi cuenta debe llegar hoy. Mejor sería mandar á Rosendo á la posada.

— Ande Vd. tío que él vendrá si es de ley.

— El pobre debe venir atendo.

— No se apure Vd. que no es digno de compasión el que viene á comer buen pan y buena carne en Madrid, en vez de comer buen maíz y buenas patatas en su pueblo.

— Sin embargo, estoy seguro de que querría mas encontrar hoy al bajar de la galera la cocina de sus padres con su escaño y su excelente fuego rodeado de manzanas puestas á asar, que no esta habitación con sus lujosos muebles y su chimenea francesa.

— Con que le parecé Vd. que le dediquemos á recados y á la compra.

— No creo que sus padres le envíen á Madrid para que desempeñe tan humilde destino. Hay que colocarle en el escritorio para que se vaya instruyendo poco á poco.

— ¡Poco á poco! Verá Vd. como le hago yo saber mas que Merlin ántes de un mes. La letra con sangre entra, tío.

— No soy de tu parecer, Lucas. Cuidado con que le toques al pelo de la ropa, no suceda con él lo que con otros que á fuerza de maltratarlos los entonteciste y hubo que hacerlos volver al país.

Iba D. Lucas á tomar la defensa de su bárbaro sistema de educación, cuando sonó la campanilla del recibimiento, y tío y sobrino callaron aplicando el oído hácia aquel sitio.

— ¡Ahí esta! exclamaron ambos á la par al oír en el recibimiento la voz del que habia llamado que saludaba al criado que habia salido á abrir.

— Señor, dijo este con cierta sonrisa, presentándose en la puerta del despacho, ahí esta Chomin con el *rocín-venido*.

D. Juan frunció el entrecejo como descontento de que el criado se hubiese permitido usar el necio equivoquillo que hemos puesto en bastardilla, al paso que D. Lucas soltó una ruidosa carcajada celebrando la gracia de Rosendo, que era un asturiano tonto con pretensiones de *pillo*.

— Que pasen, contestó D. Juan.

Y en efecto, Chomin, que era uno de los ordinarios de las provincias Vascongadas, apareció en el despacho acompañado de un niño de doce á trece años.

III.

No se habia equivocado D. Juan al suponer que aquella pobre criatura llegaba muerta de frío.

Angel, que así se llamaba el nuevo dependiente de los señores Quijano y sobrino, estaba tiritando de frío: sus manos y su cara estaban amoratadas y sus ojos indicaban que la noche anterior mas bien que cerrarse al sueño se habian abierto al llanto. El pobre niño se quedó á la puerta del despacho con la gorrita en la mano, inclinada la cabeza, como cortado, y con dificultad pudo articular un torpe saludo.

— Con que aquí tener Vds. mutil, dijo Chomin despues de los saludos de ordenanza. Desde que pasar puertos no parar de llorar. Acordarse mutil de sus cabras y sus vacas de Vizcaya y yo decirle que en despavilando unos cuantas panecillos de Madrid que son muy blancas no volverse á acordar del *artoa* de su tierra.

D. Lucas se acercó á Angel y le dijo, pasándole la mano por la cabeza:

— Vamos, hombre, ¿conque qué tal te parece Madrid? ¿Te gusta mas que tu pueblo?

— No señor, contestó el niño con los ojos arrasados de lágrimas.

— ¡Bien, hombre, bien! exclamó D. Juan echándose á reír y haciendo una nueva caricia al niño. Así deben ser los hombres: la mejor tierra es aquella en que uno ha nacido.

— Sí, sí, riase Vd., tío, dijo D. Lucas haciendo un gesto de enojo; riase Vd. de la sandez de ese bruto. ¡Vaya, que el muchacho promete! ¡Como hay Dios, tenemos buena mano para echar pollos!

— Andar Vd., señor D. Lucas, dijo el ordinario, que mutil despavilar con unos cuantas zurriagazos al día.

— Sí, así le irémos desasnando, contestó D. Lucas.

— Hombres, no sean Vds. majaderos, replicó D. Juan. Que ha de hacer el niño sino acordarse de su pueblo y de sus padres si nunca se ha separado de ellos. Con que vamos, añadió dirigiéndose á Angel, ¿traes gana de comer?

— No, señor, contestó el niño deshaciéndose en lágrimas.

— Vamos, no llores, le dijo D. Juan; acércate á la chimenea y caliéntate hasta que sea hora de comer, que luego tomarás posesion de tu destino y verás como ántes de un año te haces un verdadero comerciante.

El niño se acercó á la chimenea con la gorra en la mano; pero, como las lágrimas le cegaban, tropezó con una silla y cayó al suelo derribando unos papeles que estaban sobre aquella.

— ¡Torpe! ¿no ves? exclamó D. Lucas cogiéndole del brazo y levantándole con violencia.

Una reaccion inesperada se verificó en aquel instante en el ánimo del niño. El que un momento ántes apenas se atrevia á alzar la vista ni á articular una palabra, alzó la frente con altivez y dijo á D. Lucas con desembarazo:

— Puede Vd. echarme de su casa, pero no maltra-

tarme. Aquí me ultrajan y en mi pueblo me lloran. ¿Cómo quiere Vd. que me guste mas esta tierra que la mia?

Y añadió dirigiéndose al ordinario:

— Me vuelvo con Vd. á Vizcaya.

Estas palabras, lejos de conmovér á D. Lucas, y al ordinario, hicieron reír á este y encolerizarse á aquel que murmuró alzando el puño sobre la cabeza del niño:

— ¡Si fuera hijo mio, le rompía la crisma!

Pero D. Juan salió á la defensa del niño separando con violencia á su sobrino, exclamando:

— ¡Lucas! he dicho que no tienes que tocar al niño y quiero que se me obedezca. Si es torpe, si es encogido, si está cortado, recuerda lo que eras y como estabas cuando viniste á Madrid. Y Vd. señor carretero debe saber que no se trata á los racionales como á las mulas.

— Andar Vd., señor D. Juan, yo decir por broma, contestó el ordinario con tono meloso. Decir mutil como tratarle yo en el camino.

— Cargándome de pañuelos de contrabando para que me hubieran llevado á la cárcel si me hubiesen registrado en la puerta, le interrumpió Angel.

— ¡Buen modo de cuidar de la inocente criatura que se le habia confiado! exclamó D. Juan mirando con indignacion al ordinario. Quitese Vd. de mi presencia, porque estoy tentado de dar parte á la autoridad para que reciba Vd. el merecido castigo.

— Pero señor D. Juan, ¿Vd. hacer caso del mutil? Si...

— He dicho á Vd. que se quite de mi presencia.

— Estar bien, señor D. Juan. Yo sentir mucho incomodar á Vd. pero...

— No hay pero que valga. He dicho que está Vd. aquí de mas.

El carretero no se atrevió á replicar y desapareció murmurando:

Rayo bat, ¡milla demonio bat!...

D. Juan acercó una silla á la chimenea y se sentó al lado de Angel que habia cesado de llorar algo mas consolado ya viendo que no todos le trataban con dureza en aquella casa, que habia quien sacase la cara por él y le proporcionase consuelos algo parecidos á los que desde que abandonó el seno de su familia echaba de menos.

D. Lucas, amostazado porque su tío se interesaba por el recién venido y habia reprendido su falta de humanidad, se habia retirado al escritorio y por consiguiente quedaron solos Angel y D. Juan.

Era este natural del pueblo del niño y aunque habia venido á la corte de tierna edad, y por lo comun absorbían todos sus pensamientos y acciones los asuntos comerciales, no por eso habia renegado del país nativo ni olvidado á sus parientes.

— Vamos, Angel, dijo al niño con cariñoso acento dándole con la palma de la mano en el hombro, hablemos un rato de nuestro pueblo, porque tú traerás muchas y grandes noticias de aquella gente. ¿De quién te despediste al partir?

— De todos los parientes y los vecinos.

— ¡Ola, ola! Entónces verías á mi hermano, ¿no es verdad?

— Sí, señor. Me dió muchas memorias para Vd., para Doña Juana y para D. Lucas... pero á D. Lucas no quiero dárselas.

— Porqué, ¿hijo?

— Porque me riñe.

— ¡Eh! no hagas caso de eso, hombre. ¿Con que te dieron memorias?

— Sí, señor, y particularmente el señor cura.

— Estará muy viejo el cura, ¿no es verdad?

— ¡No, señor! si le viera Vd. andar de caza por aquellos cerros diría que no tiene cuarenta años. Como no hay en el pueblo quien no rece todos los días porque Dios le dé salud, no tiene un dolor de cabeza.

— ¿Con que tanto le quieren?

— No le han de querer, ¡si es un santo! Yo no le podré olvidar nunca porque era mi maestro.

— ¿Tu maestro? ¿De qué?

— De leer, de escribir, de contar, de latin, de matemáticas...

— ¡Muchacho, muchacho! ¿Con que todo eso has estudiado?

— Sí, señor, gracias á su hermano de Vd. que es un sabio.

D. Juan continuó haciendo al niño infinitas preguntas que demostraban el cariño que conservaba al país nativo y á las que Angel contestaba con un despejo y un desembarazo que encantaron al banquero y que formaban notable contraste con la cortedad y la torpeza que el pobre niño habia mostrado pocos momentos ántes. Cuando mas embebido se hallaba en aquella conversacion, se presentó á la puerta del despacho el criado que poco ántes llamaba *rocín-venido* al niño y le dijo:

— Señor, dice la señora que está *la mesa en la sopa*.

El banquero se echó á reír oyendo esta inversion de palabras y se encaminó al piso principal.

IV.

No estaba la mesa en la sopa, pero si la sopa en la mesa, y Doña Juana, la esposa de Quijano esperaba á este con impaciencia, no porque su estómago estuviese necesitado sino porque su carácter irascible y dominante no podia sufrir que se le hiciese esperar.

Doña Juana, que había entrado de criada y salido por ama en casa de D. Juan Quijano, tenía el cronómetro atrasado, pues aseguraba tener treinta años, y su cara y su partida de bautismo la daban cuarenta. Poco dirémos de su físico: dirémos únicamente que las criadas que despedía cada semana la saludaban al bajar, por última vez la escalera, con los epítetos de *dientes de caballo*, de *escuerzo* y de *ojos de gato*. En lo moral era Doña Juana la personificación de la antítesis: en ella alternaban la vanidad y la modestia, la avaricia y la largueza, la crueldad y la compasión, la elegancia y la charrería. Hoy se la veía hacer alarde en una tertulia compuesta de personas distinguidas de no haber roto hasta la edad de catorce años mas calzado que el natural, y mañana despedía á una criada porque la pobre muchacha había dicho sencillamente al cartero que la leyese una carta de su novio *pues su señora no sabía leer*; ahora despedía á un pobre con la abominable blasfemia: «Vaya Vd. á San Bernardino,» que en boca de los que pueden y no quieren sustituye á la piadosa súplica de «perdone Vd., hermano,» que usan los que quieren y no pueden, y sabiendo luego que el albañil de la boardilla estaba enfermo y necesitado, le enviaba un abundante socorro; por la mañana daba una tollina al perro porque había mordido al gato, y por la tarde daba otra al gato porque había arañado al perro; el miércoles paseaba en el Prado, vestida de terciopelo, y el jueves paseaba en el mismo sitio, vestida de indiana. — Somos tan prolijos para que no se achaquen al pintor las inconsecuencias del original.

Doña Juana dominaba de tal modo á su marido, que la voluntad de este se hallaba completamente sometida á aquella. D. Juan temblaba ante una palabra ó un gesto amenazador de su mujer, y mas de una vez le arrojó esta un cuchillo ó le zurró con un zapato porque el honrado banquero en vez de recogerse á las nueve de la noche se recogió á las diez.

— Vamos, dijo Doña Juana á su marido cuando D. Juan entró en el comedor, yo creí que era menester echar á Vd. memoriales para que viniese á comer. ¿Piensa Vd. que yo estoy aquí para sufrir calzonerías de nadie? Pues está Vd. muy equivocado.

— ¿Qué cosas tienes, Juanita! dijo D. Juan, frotándose las manos y sonriéndose con zalamería. Tienes un genio, que ni la pólvora de Ruidera.

Y el banquero se sentó, hizo plato, y como se le diera á su mujer, esta le rechazó tan bruscamente que deramó su contenido en el mantel.

— ¡Tengo yo manos para servirme! dijo.
— Como gustes, Juanita, contestó D. Juan humildemente.

Y siguieron comiendo en silencio, por mas que el banquero dirigiese de cuando en cuando la palabra á su mujer en tono halagüeño.

Al fin Doña Juana se decidió á romper el silencio, preguntando á su marido:

— Y ¿cuáles eran los importantes quehaceres que Vd. tenía para tenerme aquí media hora esperando?

— ¡Media hora! ¿porqué no has dicho una, hija?

— ¡A mí no me contradiga Vd.! exclamó Doña Juana con un gesto terrible. Yo digo mas verdad que Vd. y toda su casta.

— Vamos, no te incomodes por tan poca cosa. Los quehaceres que tenía no eran muy grandes que digamos: estaba charlando con el chico.

— ¿Con qué chico?

— Con Angel.

— ¿Ha venido ya?

— Sí, mujer. ¿Pues qué, no lo sabías?

— No, señor, nadie me ha dicho nada. En esta casa soy yo la última palabra del credo... Pues no señor, no debe ser así, ni lo consentiré de aquí en adelante, porque aquí yo soy el ama, ¿lo entiende Vd.?

Y Doña Juana al decir esto arrojó el tenedor con tal furia que hizo pedazos un plato.

— Pero por Dios, Juanita...

— No me replique Vd.; porque le clavo el cuchillo en el pecho.

El banquero hizo un movimiento hácia atrás porque su mujer había cogido el cuchillo y le apretaba convulsivamente.

Al fin el silencio y la mansedumbre de su marido desarmaron á aquella furia.

— ¿Y cuándo ha venido el chico? preguntó.

— A las dos. Hija, yo creí que te lo había dicho el criado.

— No me ha dicho nada. Ese Rosendo es un bruto, y hoy mismo le voy á poner de patitas en la calle. Mire Vd. el modrego del chico no haber subido á saludarme...

— Pero mujer, que sabe él...
— Ya sabía que en esta casa yo soy el ama.
— Si ha llegado muerto de frío, y luego ese majadero de Lucas ha empezado á reñirle, y el pobre muchacho se ha cortado.
— Yo le avisaré con las correas de la ropa.
— No seas tonta, Juanita: para avisarle como tú dices, se necesitan caricias y no correas. He dicho á Lucas que cuidado conmigo si le toca al pelo de la ropa. A tí no te digo lo mismo porque tienes mejor corazón que mi sobrino, y estoy seguro de que Angelito ha de encontrar en tí una mujer que le haga no echar menos el cariño de su madre. Como que ya está deseando verte, y lo primero que ha hecho ha sido preguntar por tí.
Esta mentira del banquero reconcilió á Angel con Doña Juana, que admitiendo una fineza de su marido, dijo:
— ¿Pero qué hace esa criatura en el escritorio? ¿Porqué no le habeis mandado subir á tomar algo en

cuanto ha venido? Probablemente estará en ayunas, mojado, muerto de frío...

— No, ha dicho que no tenía gana de tomar nada, y en cuanto á calentarse, está en mi despacho sentado á la chimenea.

— ¿Y porqué le ha reñido Lucas?

— ¡Cosas tuyas! Toma, por nada, porque ha dicho que le gusta mas su país que Madrid.

— ¡Ave-María purísima! Pues eso no era para reñirle. Aquí me tienes á mí que á Dios gracias nada me falta, y con todo eso me muero por mi pueblo. ¡Rosendo! añadió Doña Juana llamando al criado de los equívocos, que venga el chico que está en el despacho del señor.

— ¿Quién, el *rocín-venido*? preguntó el asturiano con maliciosa sonrisa.

— ¡Bárbaro! exclamaron Doña Juana y su esposo; si vuelves á divertirme con Angel, tomas la puerta mas pronto que la vista.

El asturiano bajó la cabeza, poco satisfecho del éxito de sus gracias, y habiéndose retirado, volvió un instante despues con el niño.

Angel saludó con bastante desembarazo á la señora, y como esta le diera un dulce, acabó de perder su cordedad, y contestó con despejo á las mil preguntas que durante un buen rato le hicieron ambos esposos.

— ¿Te acuerdas mucho de tu madre? le preguntó Doña Juana.

— Sí, señora, contestó el niño.
— Pues como seas bueno yo te querré y te cuidaré como ella.

— ¡Gracias, señora!... contestó el niño. Y sus ojos se arrasaron en lágrimas... ¡lágrimas de alegría y de ternura!

El banquero y su mujer se levantaron de la mesa.
— Estáte aquí, hijo, dijo Doña Juana á Angel, que ahora vais á comer tú y los compañeros.

(Se continuará.) ANTONIO DE TRUEBA.

En el álbum

DE LA SEÑORITA O. DE F. M.

Gentil, aérea, pura y amorosa,
Negros los ojos, dulce la mirada, —
Sobre la sien del cielo reflejada
Brillante luz de místico color:
Así aparece la virtud divina
En la edad de candor y de inocencia, —
Plácida, grata haciendo la existencia,
Llenando el pecho de celeste amor.

Sobre sus labios de carmin y rosa
Divaga suavísima sonrisa, —
Y el eco de su voz, entre la brisa,
Dilátase cual cántico de paz;
Bajo su planta brotan gayas flores;
Con su aliento perfúmase el ambiente;
A su mirada brilla el sol fulgente, —
Y el alma goza de quietud solaz.

Así fingíme la Virtud, Emilia
De mi niñez en la apacible aurora;
Y ante su imagen bella, encantadora
Alecé mi canto al son de mi laud,
Pobre mi idea fué, conozco ahora;
Sin belleza, color, ni poesía: —
Que es tu imagen de paz y de alegría,
La imagen de belleza y de Virtud!

¿A que ensalzar con lánguida alabanza
Tus hechizos, adornos y primores, —
Ni esos tus ojos bellos, seductores, —
Ni tu boca graciosa, angelical; —
Ni tu talle flexible y elegante,
Ni tu mano pulida, blanca, pura,
Ni esa tu frente do brilla la ventura,
Y resplandece el númen celestial?

Si tu mirada inspira y arrebatada,
Y tu sonrisa plácida enamora;
Si tu inocencia cándida colora
Tu sien virgínea con su luz de amor;
Si embriaga tu aliento perfumado,
Y es tu palabra llena de dulzura: —
Prefiero tu virtud á tu hermosura,
Y ese tu aire modesto, encantador.

Al cielo me transportas cuando cantas,
Que es tu acento argentino, placentero,
Cual los acordes dulces del jilguero,
O de la brisa blando murmurar;
Cuando danzas-aérea, vagarosa —
Semejas de la fuente cristalina
La blanca, bella, vaporosa Ondina,
Que inspirado cantor osó soñar.

Si del piano las ebúrneas teclas
Bajo tu mano gimen dulcemente,
Explicarte no puedo lo que siente
El pecho: — gozo, languidez, amor: —
Todas en unas gratas sensaciones
Excitar sabes tú con maestría: —
Con tus notas de mágica armonía
Disipas los pesares y el dolor!

Ningun adorno á tu existencia, falta,
Ni dote alguna al corazón, á tu alma;
Y de la paz en la felice calma,
Tu vida se desliza en un eden;
¡Jamás! airado, el torbellino azote
De tu bello jardín las gayas flores!
¡Qué te sigan do quiera los amores, —
Brille siempre el placer sobre tu sien!

Templadas liras de inspirados vates
Tus gracias cantarán Emilia hermosa;
Y á tus sienes los lirios y la rosa
En brillante guirnalda ceñirán;
Cuando este libro blanco todo ahora,
Lleno esté de poéticas canciones
Estos prosáicos, lánguidos renglones,
Tus ojos con desden recorrerán...

¡Perdona, bella, si ensayé de nuevo
Pulsar mi triste, mi olvidada lira;
Y al compás de ese mundo que te admira
Mi canto unir también en tu loor;
Mas el bardo hechizado por tus gracias
Calmar no puede el pecho que palpita,
Ni el entusiasmo que por tí lo agita, —
Ardiente, inextinguible, abrasador!

J. M. TORRES CAICEDO.

Museo de carruajes históricos en Versalles.

Versalles será un día la necrópolis de la historia de Francia; todo cuanto ha sido grande, todo cuanto merece un eterno recuerdo, tiene su puesto señalado en ese inmenso cenotafio. El orgullo no podía haber imaginado un monumento mas grandioso para inmortalizar la memoria de un nombre; la magnificencia póstuma de los faraones se halla eclipsada por los esplendores de esa ciudad de los muertos. La imaginación de los pueblos de la antigüedad que ha penetrado en las moradas serenas de las almas bienaventuradas, nada ha escrito que pueda compararse con Versalles; en ningún tiempo, entre ningún pueblo la admiración y la gratitud habían honrado el genio y el mérito de un modo mas imponente y solemne. A Luis Felipe le toca la honra de haber hecho que se recogieran en esos magníficos retiros las glorias dispersas de la Francia.

Hay espíritus frios que no pueden concebir la grandeza, á ménos que no se les presente con un cuerpo. A sus ojos un grande hombre cuya piel no se posee, es una pura abstracción; para esos aficionados á lo concreto Versalles es de un socorro poderoso, y aunque no se ha pensado aun en adornarle con celebridades disecadas, quizás andando el tiempo se llegará á colmar este vacío.

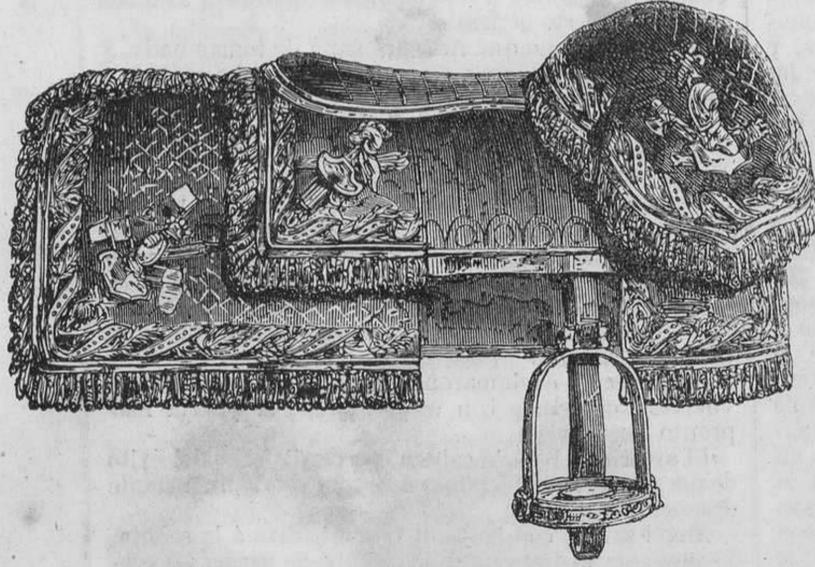
Mientras tanto anunciaremos que varios hombres de gusto han tenido el laudable pensamiento de añadir á las riquezas materiales reunidas en las suntuosas galerías de Versalles, una curiosísima colección de carruajes de diversas épocas. Si este nuevo museo se hallase solo destinado á suministrar á aquellos espíritus de temple frío de que acabamos de hablar, una excursion agradable por el dominio de la historia, concluiríamos nuestra tarea con el simple anuncio, pero como el Museo en cuestion se recomienda por un mérito ménos frívolo, vamos á entrar en algunos pormenores.

Esta colección de carruajes históricos no es completa ni podía serlo, pues entre otras razones que existen para ello, debemos advertir que hasta el reinado de Luis XVI, se hallaba establecido por los reglamentos que el caballerizo mayor, á la muerte del monarca, heredase los despojos de las caballerizas, como los caballos de montar, las carrozas y carretelas, y las sillas de manos, con los caballos de guerra, de picadero, y todos sus arreos. Esta costumbre derivada de los usos de la caballería, tuvo por efecto regalar á diferentes individuos una porción de riquezas que hoy figurarian con ventaja en el nuevo Museo. Personas que han viajado por los Estados berberiscos nos aseguran haber visto en Marruecos y en Túnez riquísimas carrozas de las épocas de Luis XIV y de Luis XV empleadas para el transporte de difuntos de alta condición, y por el exámen de las elegantes pinturas que encontraron en esos carruajes, sacaron en consecuencia que debían haber pertenecido á los palacios reales de Francia.

Otro obstáculo de distinta especie ha venido á complicar la formación del Museo. La mayor parte de los objetos que debían entrar en el catálogo no presentaban indicios precisos sobre su pertenencia á determinados personajes históricos; hallábanse encerrados des-

pues de mucho tiempo en los almacenes del *Garde Meuble*, y antes de comprenderlos en la colección ha debido dilucidarse su origen con una exactitud escrupulosa. Este trabajo ha sido dirigido con una sagacidad notable y gracias á las inteligentes investigaciones que se han hecho, no queda ya ninguna duda sobre la autenticidad de cada una de esas reliquias.

Los carruajes forman la parte mas rica é interesante de esta exposicion; son cinco, y cada cual tiene su nombre segun el uso de la casa del rey. La *Victoire*, el ménos rico de estos carruajes, pertenece al Imperio; figuró en la consagracion de Napoleon como coche de comitiva, donde iban los altos funcionarios del palacio que marchaban á la cabeza del séquito. La caja es dorada y de una hermosa forma; el forro interior es de paño blanco con adornos verdes, pero no se halla en buen estado de conservacion. La *Turquoise* es de la misma época y sirvió en la misma ceremonia; su adorno interior es de raso blanco con guarniciones verdes; la caja es tambien dorada con guirnalda de flores por ornato. El *Topaze* es un carruaje riquísimo: el interior y los asientos son de terciopelo blanco con adornos verdes y filetes de oro. En esta carroza cuyas portezuelas están cubiertas de pinturas delicadas iba la reina Hor-

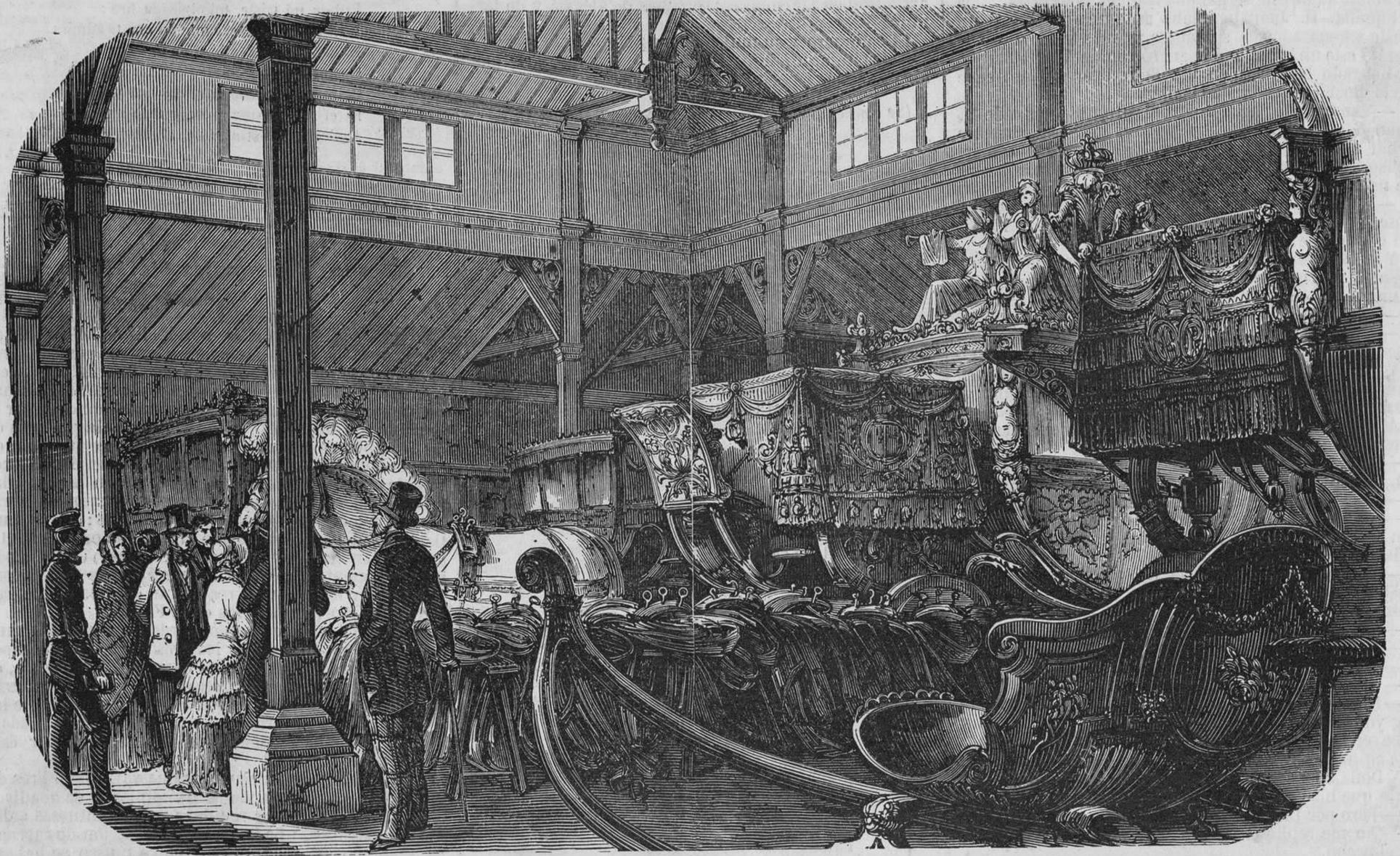


Silla de parada de Luis XVI.

tensia cuando la ceremonia de la consagracion de Napoleon. El *Baptême* es un carruaje del mismo modelo y del mismo estilo que los precedentes; solo difiere de

ellos por su lujo de bordados oro y seda sembrados en el cielo del coche que es de terciopelo blanco. En el fondo del carruaje y en torno del espejo hay un cortinaje de seda blanca. Ese coche sirvió para la ceremonia del duque de Burdeos que tuvo lugar el 1° de mayo de 1821 en Nuestra Señora; en él iban con el jóven príncipe, *Mademoiselle*, su hermana, la señora condesa de Gontaut, aya de los niños de Francia, y la marquesa de Sereste, segunda aya. Ha habido una discusion sobre este carruaje el *Baptême*: se dijo que habia sido construido de intento para la circunstancia, en oposicion con los contemporáneos que afirman habia pertenecido ántes á la emperatriz María Luisa, y que no hicieron mas que cambiar sus ornatos. Esta opinion parece razonable si se atiende á la perfecta conformidad de construccion que tiene con los carruajes precedentes. No nos toca á nosotros pronunciarnos sobre este asunto, pero si dirémos que los hombres muy competentes que fueron llamados para dar su opinion sobre la autenticidad de este carruaje, le atribuyen primeramente á la emperatriz.

El *Sacre* es un carruaje monumental; es indudablemente el jefe; es sin duda ninguna la obra maestra mas perfecta y rica de la fabricacion de coches en Fran-



Vista interior de la galería de carruajes históricos de Versalles.

cia. Sirvió para la consagracion de Carlos X, y fué construido por orden del señor duque de Polignac, caballero mayor del rey, segun los dibujos de Percier, por Daldigen; la obra de ebanisteria la hizo Ots; las pinturas son de Delorme, discípulo de Girodet, las esculturas de Roguier, los bronceos de ornato, cincelados por Persilli, salieron de los talleres de Denieres, el dorado pertenece á Gautier pintor de coches del rey, los bordados á Delalande, y la pasamanería á Gobert. Dos años de trabajo se emplearon en la construccion de esta obra magnífica. La caja es de un aspecto agradable; forma un poco de comba en la parte superior y su parte inferior descansa sobre

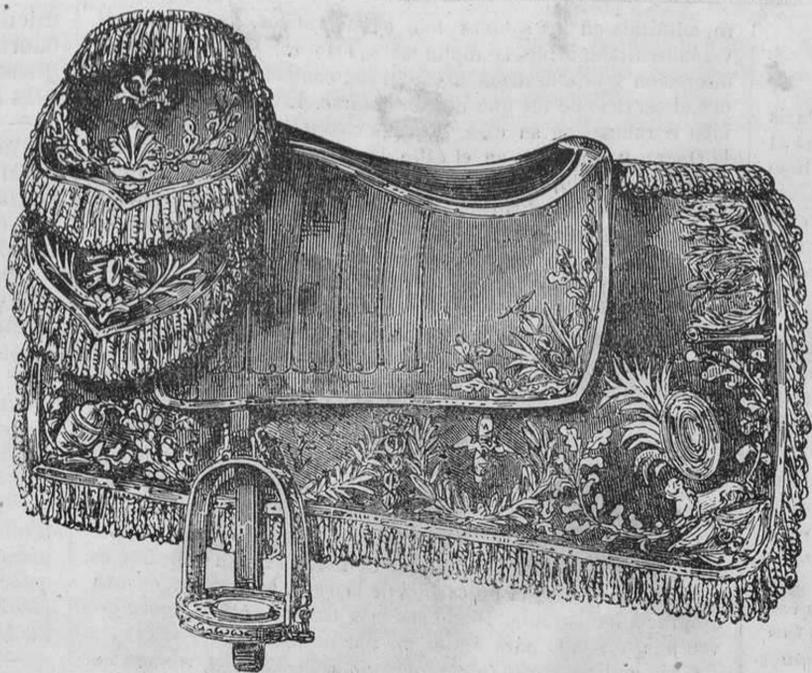
cuatro cuernos de abundancia de donde salen cuatro cariátidas de madera. Cuatro hermosas figuras representando la Fama, sentadas encima, sostienen un doble

escudo con las iniciales reales. En torno de la caja reina una elegante galería formada por hermosas molduras; el fondo está cubierto de terciopelo carmesí sembrado de rosas y de estrellas de oro; los ejes están cubiertos con cuatro cabezas de leones de bronce dorado; los resortes y toda la obra de hierro, están asimismo adornados con hojas doradas; el asiento del cocher, sostenido por dos Quimeras, es de una magnificencia asombrosa y está cubierto de ricos bordados de oro; las pinturas de la caja que representan asuntos alegóricos, se hallan ejecutadas en tablillas de cobre doradas á fuego; por último el estribo solo es una obra maestra; se repliega sobre



Trineo del reinado de Luis XVI.

mismo en siete dobleces, y entra en el doble fondo del coche como el cajón de un mueble cualquiera. En 500,000 fs. se calcula el precio de construcción y de ornato de esta magnífica carroza, y seguramente no habrá costado ménos. Sin embargo, debemos recordar que la carroza de la consagración de Luis XVI, que fué destrozada por el pueblo durante la revolución, costó 1,200,000 frs., y si se puede juzgar de su magnificencia por el dibujo que de ella nos ha quedado, no puede compararse con la de Carlos X en cuanto á riqueza y elegancia. Parece que tampoco el carruaje de la consagración de Napoleón, que fué hecho añicos en 1815, cuando volvió Luis XVIII podía compararse con la carroza de Carlos X, y no obstante, es fácil admitir que costaría una suma enorme á juzgar por los gastos excesivos que se hicieron en aquella ocasión, que ascendieron, según dicen, á treinta ó cuarenta millones, prodigalidad que parecerá monstruosa, sobre todo, si remontásemos á aquellos tiempos en que un rey de Francia que se llama San Luis podía hacerse consagrar con fausto y podía dar muchas diversiones á su pueblo gastan-



Silla de parada de Napoleon.

do solo una suma de 433,000 libras.

Los arreos para el tiro de ocho caballos que engancharon al *Sacre* son de tafete encarnado pespunteado de blanco: dos caballos postizos enganchados al carruaje dan una idea del efecto de aquellos aderezos, completados por unos soberbios penachos de plumas y terciopelo con bordados de oro por bajo. Aun se ve el traje de los heraldos de armas de terciopelo color de violeta con flores de lis de oro sobre el pecho.

Varios trineos de variadas formas llevan la imaginación del observador hacia los fines del último siglo. Uno de estos trineos, de una construcción muy singular se halla montado sobre una tortuga; parece perteneció al delfín, padre de Luis XVI. También se ven dos ó tres conchas marinas, y un canastillo con dos asientos forrados de terciopelo de Holanda. Las pinturas que adornan estos trineos son sumamente finas. Citarémos en particular dos bonitos medallones, estilo de Watteau, que representan una escena de patinadores y una mujer en un trineo, empujada por un patinador; son dos obritas maestras. Estos trineos son evidentemente de los reinados de



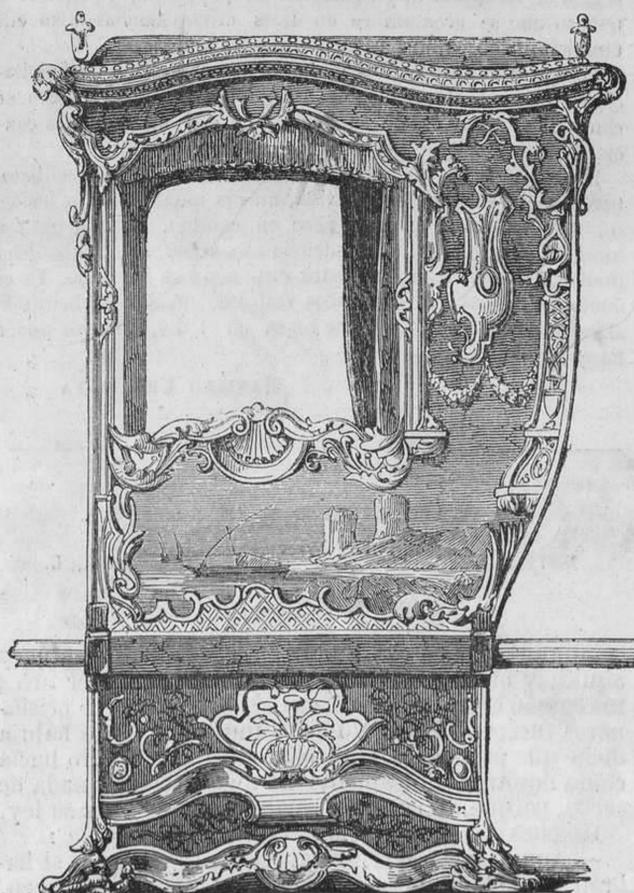
Carruaje de la consagración de Carlos X.

Luis XV y de Luis XVI, tiempos en que hubo furor por esa diversion de los climas del Norte. Un contemporáneo, que fué peluquero de la famosa Dubarry ha consignado en sus memorias inéditas, que la susodicha diversion llegó á tal punto, que en breve faltaron los cocheros para ese ejercicio que requiere mucha experiencia y una habilidad particular. Disputábanse los cocheros, y les pagaban muy caro su trabajo. El mismo historiador cuenta también que la Dubarry que vivía en Luciennes desde la muerte del rey, y que quiso pasearse en trineo en el invierno de 1778 le quitó á M. de Vergennes, que volvía de su embajada de Suecia, un cochero muy diestro, lo que la costó la fruslería de 4000 libras.

Las sillas de manos son una verdadera curiosidad. En primer lugar señalaremos las dos sillas con las armas de Francia que pertenecieron á la de Marintendon, y que por su sencillez y sobriedad de ornatos recuerdan las formas secas y el carácter austero de la antigua querida de Luis XIV. Una de esas sillas, de un gusto encantador y que está esmaltada de preciosas pinturas, perteneció á María Leczinska, esposa de Luis XV; las demás, excepto una adornada con armas extranjeras, pertenecen á la corte de Luis XVI, como lo manifiestan las armas de Francia y de Navarra que forman su blason.

También tenemos otra silla de manos de otro género y de una época reciente la que servía á madama Adelaïda hermana de Luis Felipe para subir y bajar las escaleras en los últimos años de su vida; es de tafete encarnado y muy sencilla.

Al ver la coquetería de las sillas de manos se deplora que no continúe su uso; las mujeres debían tener en ellas una gracia infinita. Esa moda era tan general en el siglo XVIII que los hombres que llevaban las sillas estaban parados en las plazas como están ahora los cocheros públicos. Las personas de distinción tenían sus sillas lo mismo que sus coches, y por las cuentas de la casa real, sabemos que la reina, el conde de Provenza y el conde de Artois tenían en su servidumbre cuatro mozos de silla.



Silla de manos del reinado de Luis XIV.

Vamos á concluir con cuatro palabras sobre las sillas orientales, verdadera maravilla de lujo. El bey de Túnez, el rey de Fez y el emperador de Marruecos, cuando tenían que hacer regalos al emperador, encargaban las obras á unos trabajadores tan hábiles, que sacaban un partido milagroso de las materias que en ellas empleaban; nada puede imaginarse tan suntuoso y particular en cuanto á dibujo y bordado que las gualdrapas y arreos que aquellos príncipes berberiscos enviaban de regalo al emperador Napoleón, que muy amante del fausto, no desperdiciaba ninguna ocasión de sacar á relucir tantas riquezas. Ya sabemos con cuanto lujo había uniformado aquella compañía de mamelucos que formaba parte de su guardia. En las grandes revistas quería que aquellas gualdrapas y arreos sirvieran á los principales oficiales de aquel cuerpo.

Tres sillas históricas dan un alto precio á la colección, y son las sillas de Luis XVI, del primer Cónsul y de Carlos X; las tres son de terciopelo carmesí con gualdrapas y caperuzas bordadas de oro. Las dos primeras son de un modelo antiguo, pero la de Carlos X, la misma que le sirvió para su entrada en París á la vuelta de Reims, es de una elegancia moderna; fué trabajada por Lucot, que dejó una hermosa colección con franjas caladas de oro muy hermosas. Creemos sin embargo que no está bien completa y que una parte de los bordados que se notan en el original falta hoy, sin que pueda saberse en qué consiste.

De este modo pues la colección que forma el nuevo Museo, ya que no es numerosa, no carece de interés; sobre todo brilla por su riqueza. Ahora solo nos falta dar el parabién á M. Questel, arquitecto del palacio de Versalles, que ha sabido apropiarse con mucho gusto para esta exposición una hermosa sala en un nuevo edificio construido de intento entre los dos palacios de Trianon. El nuevo Museo será un atractivo mas para los forasteros que visitan á Versalles en su viaje á París.

Revista de Paris.

Los rigores del invierno pasado se repiten este año en Paris con igual violencia. Desde principios de la última semana el termómetro marca constantemente de ocho á doce grados bajo cero; y la población está cubierta con una alfombra de nieve petrificada, y á poco que continuemos de este modo atravesaremos el Sena sin tener que recurrir al medio vulgar de pasar por los puentes. Con tanto frio las noticias de la semana están heladas; sin embargo, vamos á ver si escarvando entre la nieve podemos reunir lo bastante para llenar nuestra tarea.

Desde luego principiaremos por decir que las influencias atmosféricas no han tenido fuerza suficiente para suspender las fiestas públicas, como los bailes de máscaras de la Opera, ni las fiestas oficiales, como el baile de la Villa de Paris, que tuvo lugar el día que estaba anunciado en los grandes salones de la casa de Ayuntamiento, adornados para este fin con una magnificencia extraordinaria. La muchedumbre que se apiñaba en esta fiesta sorprendente era inmensa: un mes ántes los parisienses de distincion se disputaban con encarnizamiento los billetes, pero la comision instituida por el prefecto del Sena para la reparticion de las esquelas de convite, ha obrado este año con tal severidad en la eleccion de personas, que pocos, relativamente al número de solicitantes, han obtenido el honor de figurar en las contradanzas municipales. Ahora que ya la villa cumplió con su deber anual, se esperan las fiestas de Tullerías para las cuales se hacen ya grandes preparativos.

Mucho se ha hablado esta semana en el mundo financiero del rompimiento de un matrimonio que se verificó la víspera del día señalado para la ceremonia y con bastante estrépito. El padre de la novia tenía en su casa gran tertulia, y en ella hubo de suscitarse una discusion sobre un asunto que aunque frívolo en su origen se hizo despues muy grave; en una palabra, de resultas de un altercado muy ruidoso, el futuro padre político y el futuro yerno, anularon recíprocamente las disposiciones y preparativos del matrimonio, pero de tal manera, que el arrepentimiento es ya imposible. En vano los muchos testigos de la escena quisieron interponerse en aquel borrascoso debate que por cierto no fué largo; ántes de que los concurrentes sorprendidos y cortados hubiesen podido recobrar su presencia de espíritu, las cosas habían llegado á un punto en que era imposible todo arreglo.

Dícese que el movimiento de los fondos públicos y de los valores industriales entró por mucho en esta desavenencia. Parece ser que las últimas operaciones de la Bolsa habían modificado de diferente modo las respectivas posiciones de las partes contratantes; el padre político había salido mal en sus cálculos, pero el yerno se había visto tan favorecido por la suerte, que le era permitido elevar á un número muy alto sus pretensiones conyugales, y él fué el agresor en el debate.

Cuando el rompimiento precede al matrimonio, no es grande la desgracia, pero cuando le sigue es otra cosa. Un extranjero muy conocido en los altos círculos de Paris se dispone á pedir justicia ante los tribunales, á causa de un enlace poco afortunado. Esta union que produjo resultados tan fatales, al cabo de tres meses que estaba consumada, había sido formada bajo los auspicios de una de esas agencias matrimoniales que tanto abundan en la capital del mundo civilizado. El extranjero, rico, y que había cumplido ya los cuarenta años, no buscaba una dote; le importaba muy poco la fortuna, pero deseaba una mujer de muchos atractivos personales y de una virtud acrisolada. Las jóvenes bien dotadas por la naturaleza abundan en Paris, como en todas partes, de modo que en breve pudieron ofrecer al extranjero una señorita encantadora, que él aceptó con mil amores, que le hizo muy dichoso en los dos primeros meses de la boda y que acaba de desaparecer á mediados del tercero. El marido abandonado, viudo de una esposa que está en vida, va á entablar un pleito contra la agencia que le ha casado; su queja se funda en haberle engañado sobre la naturaleza y calidad del artículo vendido, y pide daños y perjuicios, por su honra, por su felicidad, por los regalos á la novia, y por los gastos de boda y de establecimiento.

Esta será una cuestion enteramente nueva en jurisprudencia, pero que amenaza con un duro golpe á las casas de comercio matrimonial que hasta el día de hoy han prosperado siempre de un modo extraordinario.

Los franceses explican con la mayor facilidad el buen éxito de estas empresas singulares. El matrimonio, se preguntan ¿no es casi siempre una especulacion? Pues entónces, ¿porqué el hombre que quiere especular sobre ese terreno ha de encerrar sus probabilidades de ganancia en los límites de sus relaciones personales? Además, añaden, hay muchas personas que carecen absolutamente de relaciones sociales. El padre de familia que ha pasado la vida en la oscuridad, ignorado y sumergido en un comercio mas productivo que brillante, y que al cabo se ve rico, desea casar á su hija ambiciosamente, quiere colocarla en una condicion elevada, quiere darla un marido digno de sus talegas, establecerla en una sociedad que no conoce y donde tampoco es conocido, y para realizar este deseo se dirige á las agencias matrimoniales.

El hombre que de repente hizo fortuna quiere emparentar con una familia bien colocada en la estimacion pública, y llama tambien á la misma puerta; todos los que se enriquecen por acaso, los que vuelven de la California y de la Australia, los forasteros que á nadie conocen en Paris, las señoritas de provincia que desean establecerse en la capital, los parisienses que se figuran encontrar mayor seguridad casándose con una provinciana, todos aquellos que por razones declaradas ó secretas desean contraer matrimonio fuera de su círculo ordinario, tales son las muchas clases que acuden á las agencias matrimoniales, y ¿cuántas personas hay, y en la sociedad mas escogida, sin otra profesion que ese corroteje, sin otra renta que la prima, deducida de la fortuna de uno de los dos esposos á quienes enlazan, y á veces de la dote de ambos!

Entre estas personas de la alta sociedad, que agencian tales negocios, es muy conocida una señora, de nombre muy sonoro,

admitida en los salones mas aristocráticos, y que posee el verdadero talento de la diplomacia, esto es, una finura, una discrecion y una destreza maravillosa, constantemente aplicadas al servicio de los que desean casarse. Está señora da tambien reuniones en su casa, grandes conciertos; tiene palco en la Opera, y frecuenta en el estío los mejores establecimientos de baños. Y todo, según se dice, sale de sus tratos matrimoniales. ¡Curiosa industria! Pero, ¿y el casamiento por amor? preguntarán quizás mis lectores; el casamiento por amor se queda bueno para los países primitivos; en los civilizados solo se contentan con él los que no pueden aspirar al otro, esto es, aquellos que nacen vivos y mueren sin que la fortuna les haya colmado una vez con sus favores. ¡Y hay quien cree que el mundo no adelanta!

Pero cambiando de conversacion vamos á dar conocimiento á nuestros lectores de una fiesta muy tierna y singular á la vez que tuvo lugar el domingo último en el seno de una familia de la clase acomodada de Paris.

Bien tratada por la fortuna, brillantemente favorecida bajo muchos conceptos, esta familia no ha podido sustraerse sin embargo á la ley comun que quiere que para nadie en este mundo haya felicidad completa. El motivo de su afliccion es grande en efecto; la única hija de la casa, es víctima de una desgracia irreparable. Desde sus mas tiernos años la pobre joven ha necesitado para andar un par de muletas.

Y sin embargo, este infortunio que causaba tanta tristeza en la familia, no ha ejercido la menor influencia perniciosa en el carácter de la joven, que conserva en su juventud la alegría de su infancia; es viva, graciosa, y se muestra siempre contenta y risueña. Sus padres padecen por ella al ver las privaciones que debe sufrir en su juventud, los placeres que la están prohibidos, principiando por el baile, y el porvenir solitario que la amenaza, pues su estado la condena á no casarse nunca.

Pero ya que el matrimonio es imposible para la joven, sus padres que la idolatran, han querido que al ménos hubiera en su vida un día solemne parecido lo mas posible á un día de bodas, y que fuera para ella la señal de un cambio de condicion en su existencia.

El domingo último cumplia veinticinco años y este aniversario de su nacimiento que la hacia mayor de edad, fué el día elegido para la sorpresa que la había preparado su familia.

En la mañana de ese domingo memorable, el padre y la madre, despues de haber besado á su hija la llevaron á un cuarto separado del que habita la familia; cuando la joven hubo admirado el lujo y la riqueza de buen gusto que reinaban en aquella casa amueblada con una elegancia exquisita y suprema la dijeron:

— Hija mia estás en tu casa.

— ¡En mi casa! repitió la joven con sorpresa.

— Sí, aquí recibirás á tus amigas, y aquí las darás hoy de comer para celebrar la fiesta de tus cumpleaños.

Los padres se abstuvieron de asistir al banquete. Habíase dispuesto una mesa de quince cubiertos, y quince alegres jóvenes se sentaron á ella. Inútil será decir que el festin fué alegre.

Al levantarse de la mesa, las risueñas jóvenes pasaron á la sala y se encontraron en medio de un círculo imponente, cuyo aspecto apagó de súbito su alborozo.

Era la familia entera y los amigos de la casa que habían sido convocados por medio de esquelas de convite para asistir á la lectura de un contrato extendido en toda regla.

El escribano estaba allí, y en medio de un profundo silencio leyó la escritura en cuya virtud el padre y la madre emancipaban á su hija mayor, la adelantaban parte de su herencia, y la constituían á título de dote un capital de ochenta mil pesos.

Concluida la lectura, los concurrentes se levantaron y pasaron á otra pieza donde se veían espléndidos regalos de telas, encajes y estuches de joyas.

Tratada como á una hija que se casa, la joven recibió un regalo de cada una de las personas de su familia, y pagando el tributo que se acostumbra en tales circunstancias, hizo ella tambien un obsequio á cada una de sus amigas.

Los primeros momentos de la noche se pasaron en felicitaciones de contento, y luego continuó la fiesta alegremente no con bailes, como es de suponer, sino con un brillante concierto.

De este modo la joven desgraciada, y condenada al celibato, tuvo un día solemne en su vida, un día igual al de las bodas, solo que faltaba el marido; pero en cambio, á contar de ese momento, tendrá su independencia asegurada, su fortuna particular, sus rentas de que podrá disponer á su capricho. Ya es dueña de su casa, llevará ricos vestidos, encajes, cachemiras, alhajas... ¿cuántas jóvenes se casan en el día, solo por poder hacer lo mismo!

MARIANO URRABIETA.

Un matrimonio á la antigua.

NOVELA ESCRITA EN RUSO POR NICOLÁS GOGOL.

(Conclusion.)

— Aquí teneis, continuaba, setas con pimienta, y aquí hay otras con clavo y avellana; una mujer turca me enseñó como se hacían, cuando tuvimos aquí prisioneros turcos. Era una buena mujer, y nadie habria dicho que pertenecía á la religion turca; todo lo hacia como nosotros, únicamente no queria comer nada de cerdo, porque decia que le estaba prohibido por su ley.

Despues de esta digresion, Pulcheria proseguia:

— Aquí teneis setas escabechadas que no sé si habrán salido bien, pues es la primera vez que se hacen. Ivan me ha enseñado á hacerlas. Se necesita un barrilito, se ponen en él unas hojas de encina, luego pi-

mienta y salitre, y despues flores de *nitchiveter* (plant odorífica de las estepas); aquí teneis pastelillos de queso, y aquí hay otros de trigo negro, que son los que mas le gustan á Atanasio Ivanovitch.

— Sí, añadía Atanasio, me gustan muchísimo; son tiernos y un poco ácidos.

En general, Pulcheria estaba de muy buen humor cuando tenia convidados en su casa. Yo la iba á visitar con alegría, y aunque tenia que comer hasta ponerme malo, volvía sin embargo con el mismo gusto.

¡Oh mis buenos ancianos!... Pero mi narracion se acerca ya á un acontecimiento muy triste que cambió para siempre la vida y las costumbres de los que habitaban en aquel apacible retiro. Cuando se sepa el leve motivo que le produjo, parecerá sumamente extraordinario, pero á veces en las cosas de este mundo suele suceder que las causas pequeñas traen grandes acontecimientos, en tanto que empresas vastísimas concluyen por insignificantes resultados.

Pulcheria tenia una gatita parda que estaba siempre tendida á sus pies; la buena anciana la estaba continuamente acariciando, y aunque no se podia decir que la queria con extremo, sin embargo, no la era indiferente por el hábito constante que tenia de verla. Atanasio solia burlarse á veces de aquel cariño.

— No sé, Pulcheria Ivanovna, la decia, lo que hallais en un gato. ¿Para qué sirve un gato? ¡Ah! si tuvierais un perro seria otra cosa, un perro puede ir á la caza, pero ¡un gato!

— Silencio, silencio, Atanasio Ivanovitch, replicaba Pulcheria, no os gusta mas que charlar; un perro no es un animal limpio, un perro todo lo estropea y lo rompe, pero un gato es un animal tranquilo que jamás hace daño á nadie.

Por lo demás, perro ó gato, poco le importaba al viejo; solo decia aquello para picar un poco á su consorte.

Detrás del jardin habia un bosque muy grande que el mayordomo especulador habia respetado sin duda, porque el ruido de los hachazos habria llegado hasta los oídos de Pulcheria. Este bosque permanecía abandonado, lleno de malezas por todas partes, y los añejos troncos de los árboles estaban llenos de nuevos vástagos y de matorrales. El bosque estaba habitado por una enorme cantidad de gatos salvajes, que no hay que confundir con los que andan sueltos por los tejados de las casas: estos se hallan un tanto civilizados porque habitan en las ciudades, pero los otros son feroces; delgados y largos de cuerpo, su maullido es ronco y triste; hacen agujeros subterráneos para entrar en las despensas y robar piezas de tocino, y se introducen de repente por la ventana en las cocinas cuando notan la ausencia del cocinero. No conocen ningun sentimiento generoso; no viven mas que de rapiñas; devoran á los gorriones pequeños en sus nidos.

Estos gatos anduvieron oliendo largo tiempo por las lumbreras de las cuevas á la bonita gata de Pulcheria y acabaron por seducir á la pobrecilla como una partida de soldados seduce á una aldeana tonta.

En cuanto notó Pulcheria que su gata había desaparecido, la mandó buscar por todas partes; tres días se pasaron; la buena anciana sintió mucho la pérdida de su gatita, pero acabó por olvidarla.

Un día que habia dado un paseo por su huerta, y se volvía á la casa con unos pepinos que habia cogido para Atanasio, oyó un maullido lastimero. Sin pensar mucho en lo que hacia, pronunció el grito para llamar á los gatos *kis kis*, y de repente vió salir por entre las malezas á su gata parda, escualida y casi muerta. Conociase muy bien que no habia comido nada en algunos días. Pulcheria continuó llamándola, pero la gata se habia parado delante de ella sin atreverse á acercarse, tan salvaje se habia vuelto despues de su escapatória. La señora prosiguió su marcha, sin dejar de llamar á su gata, que la siguió con paso temeroso hasta la cerca, y que por último, viéndose en lugares conocidos, se decidió á entrar en el cuarto.

Pulcheria mandó que al punto la trajeran leche y carne, se sentó delante de ella, y se regocijó al ver la veracidad con que comia su favorita, que engordó visiblemente y cesó de comer con el mismo apetito. Pulcheria extendió la mano para acariciarla, pero la ingrata, que según las apariencias se habia acostumbrado á la compañía de los gatos salvajes, y que se hallaba imbuida de la opinion novelesca de que la pobreza con el amor es superior á todos los bienes, saltó por la ventana, y ninguno de los criados de la casa pudo cogerla.

Pulcheria se quedó muy pensativa.

— ¡Es la muerte que viene por mí! se dijo á sí misma, y nada pudo distraerla de esta fatal idea.

La anciana estuvo muy triste todo el día; en vano Atanasio se chanceó con ella como de costumbre, y quiso saber porque se habia puesto de repente tan pensativa; Pulcheria no respondió nada, ó respondió de modo que Atanasio no quedó satisfecho. Al otro día se vió ya que habia enflaquecido mucho.

— ¿Qué teneis, Pulcheria Ivanovna? ¿No estais enferma?

— No, no estoy enferma, Atanasio Ivanovitch, pero es preciso que os haga una declaracion; sé que debo morir este verano, la muerte ha venido á buscarme.

Los labios de Atanasio temblaron dolorosamente; sin embargo, quiso vencer el presentimiento lúgubre que se elevaba en su alma, y dijo sonriendo:

— Dios sabe lo que acabais de decir, Pulcheria Ivanovna; probablemente en vez del refresco que tomais todos los días, habréis bebido un poco de aguardiente.

— No, Atanasio Ivanovitch, no he bebido aguardiente, dijo Pulcheria; y Atanasio sintió un remordimiento de haberse burlado de su mujer. La miró en silencio, y una lágrima asomó á sus párpados.

— Os suplico, Atanasio Ivanovitch, le dijo, que cumplais mis voluntades. Cuando haya muerto mandaréis que me entierren en el cercado de la iglesia; me pondréis mi vestido oscuro, ya sabéis, el de florecitas; no me pongais mi vestido de raso de rayas encarnadas, ¿para qué me valdría? aun podrá servir; os haréis con él una bata de gala para que podáis recibir como es debido á las visitas.

— Dios sabe lo que decís, Pulcheria Ivanovna, respondió Atanasio; Dios sabe cuando vendrá la muerte, y he aquí que principiais á asustarme con tales palabras.

— Sí, sí, Atanasio Ivanovitch, sé muy bien que debo morir; pero no debeis acongojaros demasiado; yo ya soy vieja y he vivido bastante; vos tambien sois viejo, de modo que en breve nos veremos en la otra vida.

Y Atanasio Ivanovitch se puso á sollozar como una criatura.

— No lloreis, Atanasio Ivanovitch, es un pecado. No pequeis y no ofendais á Dios con vuestra tristeza. Yo no siento mi muerte, no siento mas que una cosa... (y se interrumpió con un suspiro); siento no saber á quien os confiaré; ¿quién os cuidará cuando yo haya muerto? Sois lo mismo que un niño; es preciso que os amen los que os sirven.

Y al pronunciar estas palabras se pintó en su rostro una expresion de ternura tan grande y tan intensa, que nadie en aquel momento se habria atrevido á mirarla á sangre fria.

— Iardoka, prosiguió dirigiéndose á una criada que habia mandado llamar, cuando yo haya muerto, cuida de tu señor como de tus propios ojos, como de tu propio hijo. Atiende á que no le den de comer mas que los platos que le gustan; que su ropa blanca y sus vestidos estén siempre con limpieza; si vienen visitas, vístete como es debido, para que no las reciba con su bata vieja, pues ya principia á no saber distinguir los dias de fiesta de los otros dias. No le pierdas un instante de vista Iardoka, y yo rogaré por tí en la otra vida y Dios te dará tu merecido. No olvides lo que te estoy diciendo, mira que ya eres vieja, te quedan pocos años para vivir y no debes cargar tu alma de pecados. Pero si no le cuidas, no serás dichosa en este mundo; yo misma rogaré á Dios que no te conceda un buen fin. Serás desgraciada y tus hijos tambien, y toda tu familia lo será y no podrás alcanzar en nada la bendicion de Dios.

¡Pobre anciana! entónces no pensaba ni en el solemne momento que en breve debia pasar, ni en su alma, ni en la vida futura; solo pensaba en su pobre compañero de viaje de esta vida que dejaba solo y como huérfano. Con el mayor orden y lucidez, Pulcheria arregló todos sus negocios, de modo que Atanasio no pudiera resentirse de su ausencia. La conviccion que tenia de morir bien luego era tan fuerte, y su alma se hallaba tan bien dispuesta á ello, que en efecto, poco despues tuvo que quedarse en cama y la faltó el apetito.

Atanasio no se separó un instante de su cabecera.

— ¿No comeriais con gusto alguna cosa, Pulcheria Ivanovna? la repetía incesantemente con una inquietud que entrecia.

Pero Pulcheria Ivanovna no respondia nada. Por fin, un dia al cabo de un largo silencio, Pulcheria Ivanovna se levantó débilmente, meneó los labios como si hubiese querido hablar, y exhaló el último suspiro.

Atanasio Ivanovitch se quedó estupefacto. Aquella muerte le parecia tan extraña que no lloró; miraba á la difunta con ojos apagados como si no hubiera comprendido que era un cadáver. La tendieron sobre una mesa, la vistieron con el traje que ella habia designado, la cruzaron los brazos sobre el pecho, y la pusieron entre los dedos una vela de cera. Atanasio veía todo esto en una inmovilidad completa. El patio estaba lleno de gente de casa y forasteros, que habian acudido al entierro. Delante de la casa pusieron unas mesas muy largas cubiertas de Kutia (un compuesto de arroz, azúcar y pasas que se saca en los entierros), pastelillos, y frascos de aguardiente. Los convidados hablaban, oraban, contemplaban á la difunta, ensalzaban sus buenas cualidades y miraban al viudo, que pasaba por entre aquella muchedumbre con aire desalentado. Por fin se llevaron el cuerpo, y todo el mundo se puso en marcha, incluso Atanasio. Hacia un sol hermosísimo; los sacerdotes llevaban sus casullas doradas, los niños lloraban en los brazos de sus madres, los pájaros cantaban y una porcion de chiquillos iban corriendo por el camino.

Al fin pusieron la caja al borde del hoyo que habian abierto en el cementerio; entónces dijeron al viudo que se acercara á la difunta y la besara por la última vez; Atanasio se acercó, besó á la muerta y algunas lágrimas rodaron de sus ojos, pero lágrimas insensibles. Bajaron el féretro; el sacerdote tomó una pala y arrojó encima la primera tierra; el diácono y los subdiáconos entonaron el *Vetchuaia pomiat*, (memoria eterna) con voz apagada y lánguida que se perdió á lo lejos bajo el cielo puro y sin nubes. Los sepultureros cubrieron la zanja; en aquel instante se adelantó Atanasio, y todo el mundo le dejó puesto, á fin de descubrir cuáles eran sus intenciones. El pobre viejo alzó los ojos, arrojó en torno suyo una mirada turbada y exclamó:

— La habeis enterrado ya... ¿y por qué?...

Se detuvo sin poder acabar su frase.

Pero cuando estaba de vuelta en su casa, cuando vió

que su cuarto se hallaba vacío y que se habian llevado hasta el sillón en que se sentaba Pulcheria, se puso á sollozar amargamente, inconsolablemente y sus lágrimas corrian como dos manantiales de sus ojos apagados.

Cinco años pasaron despues de esta época.

¿Hay sufrimiento alguno que no se lleve el tiempo? ¿hay alguna pasion que no sucumba en la lucha desigual que el tiempo la ofrece? He conocido un hombre que en la flor de su edad se hallaba lleno de buenas cualidades; amaba tiernamente, con delirio, y en mi presencia, la mujer que idolatraba, criatura angelical, fué arrebatada por la muerte. Nunca ví tan terribles transportes de dolor, una angustia tan insensata, una desesperacion tan penetrante como la que sufrió mi desgraciado amigo; jamás habria podido figurarme que un hombre pudiera crearse semejante infierno donde no se traslucía el menor rayo de esperanza. Siempre tenia á su lado gente que le guardara, y le habian quitado todas las armas de que podria haber hecho uso para matarse. Quince dias despues acabó por vencerse, principió á chancearse, á reír; le devolvieron la libertad, y lo primero que hizo entónces fué comprar una pistola. Una mañana, una explosion de arma de fuego asusta á su familia; entran en su cuarto, y le encuentran en el suelo con la cabeza abierta y todo ensangrentado. Un médico célebre que por casualidad se hallaba en la casa, reconoce en él algunas señales de vida, y con asombro general, se cura. Entónces le vigilan mas que ántes, le quitan hasta los cuchillos en la mesa; pero poco despues encuentra una nueva ocasion para matarse, y se arroja bajo las ruedas de un coche que pasaba. El carruaje le estropeó un brazo y un pié, pero volvió á sanar. Un año despues le encontré en una reunion aristocrática, estaba sentado á una mesa de juego y decia alegremente:

— ¡Miserias de la vida!...

Y detrás de él apoyada en el respaldo de su sillón estaba su jóven y bella esposa, que jugaba con las fichas de nácar.

Cinco años despues de la muerte de Pulcheria Ivanovna, me encontraba por casualidad en las cercanías del domicilio de Atanasio Ivanovitch, y quise hacer una visita al buen anciano en cuya casa habia pasado tan buenos ratos, y comido tan exquisitas golosinas. La casa me pareció dos veces mas vieja que ántes; las chozas de la aldea estaban todas torcidas; el cercado que en otro tiempo rodeaba el corral se hallaba completamente destruido, y con mis propios ojos ví á la cocinera arrancar estacas, cuando no tenia mas que andar dos pasos para llegar á un monton de leña.

Me acerqué tristemente á la puerta; los mismos perros, pero ciegos ó cojeando se pusieron á ladrar alzando sus rabos foscos y llenos de cardos. El viejo me salió al encuentro; le reconocí en el mismo instante, pero noté que estaba mas jorobado que en otro tiempo; él tambien me reconoció, y se llegó á mí con su sonrisa ordinaria. Juntos entramos en la casa, y á la primera ojeada me pareció que todo se hallaba en el mismo estado, pero en breve pude distinguir por todas partes un desórden extraño; las señales visibles de una ausencia, en una palabra, sentí la emocion que se apodera de nosotros cuando entramos por primera vez en casa de un hombre viudo, á quien siempre conocimos con una compañera inseparable. En todo se veía la falta de la mujer casera; uno de los cuchillos que pusieron á la mesa no tenia mango; los manjares no estaban preparados con igual esmero y yo evitaba la menor alusion á todas las cosas domésticas.

Cuando nos sentamos á comer, vino una criada y ató una servilleta al viejo bajo la barba, sin cuya precaucion habria manchado su bata de los dias de fiesta. Yo trataba de distraerle y para ello le contaba algunas anécdotas; Atanasio me escuchaba con su acostumbrada sonrisa, pero á veces sus ojos se quedaban completamente apagados y se veía que no pensaba en nada. A veces se llevaba la cuchara á la nariz en vez de llevársela á la boca, y en vez de hincar el tenedor en un trozo de carne, daba con él en una botella; entónces la criada le tomaba la mano para dirigir á sus movimientos la direccion debida. Cuando nos sucedia tener que esperar algunos instantes el plato siguiente, Atanasio lo notaba y decia:

— ¿Por qué se están tanto tiempo sin darnos de comer?

Pero yo veía por las rendijas de la puerta que el criado que nos servia dormía tranquilamente sentado en un banquillo, con la cabeza baja.

— Este es aquel plato... me dijo Atanasio Ivanovitch cuando nos sacaron unos pastelillos llamados *mnichkis*; éste es aquel plato... continuó, y noté que su voz se ponía trémula y que una lágrima estaba á punto de desplomarse de sus ojos apagados, aunque hacia esfuerzos por contenerla; este es aquel plato que... que... la... la...

Y de repente echó á llorar, su mano cayó sobre el plato, y el plato cayó al suelo; todo él se manchó de salsa, pero permaneció sentado, insensible; insensible tenia su cuchara, y sus lágrimas como una fuente inagotable, corrian, corrian sobre la servilleta que cubria su pecho.

¡Dios mio! pensé yo al mirarle, han pasado cinco años del tiempo que todo lo extermina, y un anciano helado ya cuya vida fué siempre tan tranquila, que siempre estuvo sentado en una silla comiendo peras y contando cuentos... ¡ha podido sufrir hasta hoy un dolor tan largo y tan acerbo! ¿Qué es lo que mas domina al hombre, la pasion ó el hábito? ¿Nos parecerá tan

fuerte y tan terrible el ímpetu de nuestros deseos y nuestras pasiones, solo porque somos jóvenes? Todos nuestros padecimientos juveniles me parecieron en aquel instante puras niñerías comparadas con el poderío inmortal de semejante hábito. Varias veces quiso pronunciar el nombre de la difunta, pero siempre en mitad de la palabra su rostro se alteraba convulsivamente, y nos partía el corazon con sus sollozos de niño. No, no eran aquellas las lágrimas de esos viejos que se quejan á diestro y siniestro de su triste posicion y de su infortunio; no eran tampoco las que vierten con facilidad despues de tomar una copa de ponche; no, eran lágrimas que corrian por sí mismas, sin la voluntad, sin el permiso de llorar, que saltaban de su corazon ya frio, pero ulcerado con todas las espinas de un dolor sin remedio.

Atanasio Ivanovitch no sobrevivió largo tiempo á mi visita. Ultimamente supe que murió, pero lo mas extraño es que las particularidades de su muerte presentaban bastante analogía con las que precedieron á la de su esposa.

Un dia Atanasio se estaba paseando en su jardin; andaba lentamente por un sendero con su indolencia acostumbrada y sin ninguna idea en la cabeza, cuando de repente oyó que pronunciaban detrás de él, con una voz muy clara:

— ¡Atanasio Ivanovitch!

Se volvió con presteza y no vió á nadie; miró por todas partes y nada descubrió. El tiempo estaba sereno, el sol brillaba; reflexionó un instante, su rostro se animó y al cabo dijo:

— Es Pulcheria Ivanovna que me llama.

A todos nos ha sucedido oír una voz que nos llama por nuestro nombre. Nuestros aldeanos explican esto diciendo que es un alma que se deshace en deseos de ver nuevamente á la persona que nombra, y que es infalible que detrás de esta voz está la muerte. Acuérdomeme que en mi juventud esto me ha sucedido con frecuencia; creía que pronunciaban mi nombre detrás de mí, y por lo regular hacia un dia de sol hermoso y sereno. Ni una sola hoja se movía en los árboles, hasta el ruido de los insectos habia cesado, y en todo el jardin reinaba un silencio de muerte, pero confieso que menos me habia espantado la noche mas negra y borrascosa sorprendiéndome en un bosque impracticable, que aquella voz solemne que resonaba en medio del silencio en un dia sereno y apacible. Yo echaba á correr sofocado, temblando, y solo me detenía cuando encontraba alguien cuya vista pudiera disipar el espanto que me oprimía el corazon y me ahogaba.

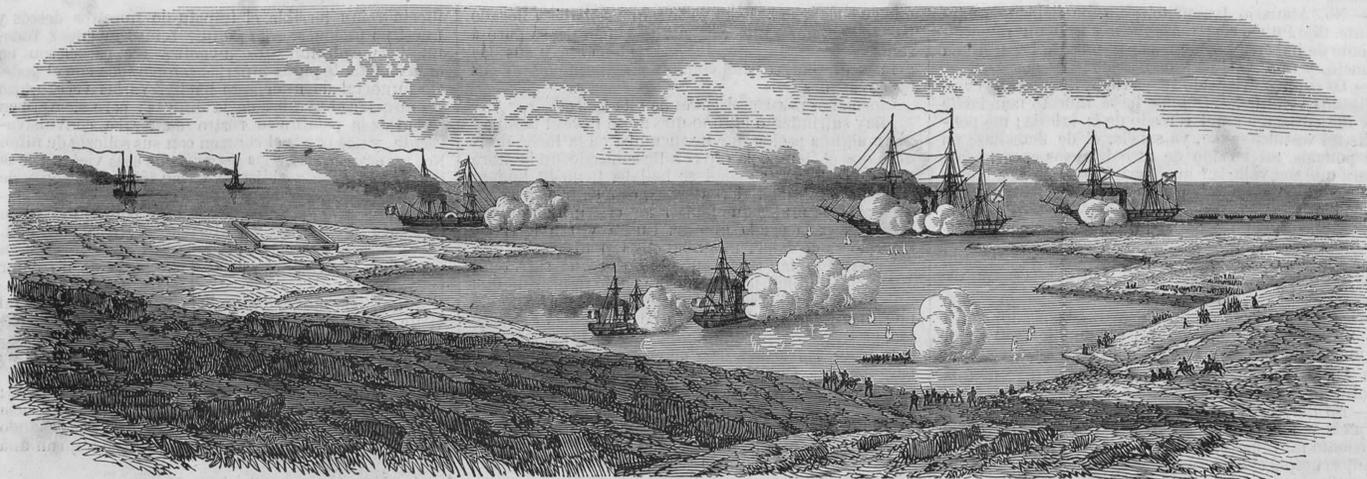
Atanasio Ivanovitch se penetró de la idea de que Pulcheria Ivanovna le habia llamado, y se sometió á su destino como un niño obediente: principió á enflaquecer, á toser, á deshacerse como una cera, y por fin se apagó cuando nada quedó ya para alimentar la débil llama que le sostenia.

— Que me entierren al lado de Pulcheria Ivanovna; estas fueron sus últimas palabras. Su voluntad fué cumplida; en su entierro hubo no ménos aldeanos y pobres que en el de Pulcheria. La casita señorial se quedó enteramente vacía. El mayordomo especulador, de acuerdo con el *starosta*, se llevaron cuanto los criados no tuvieron tiempo de recoger. Pero en breve llegó, no se sabe de donde, el heredero, pariente lejano que habia ganado el grado de teniente en no sé qué ejército, y viendo el desórden de aquella casa, se decidió á cambiarlo todo introduciendo el órden mas perfecto. Su administracion fué tan buena, que al cabo de medio año estaban embargados todos sus bienes. La mayordomía que se confió á un empleado jubilado y á un capitán cuyo uniforme habia blanqueado al sol, exterminó en un corto espacio de tiempo hasta los huevos y las gallinas. Las chozas que no podian inclinarse mas sin caerse al suelo, se decidieron por esto último, y los aldeanos se acostumbraron á beber y huyeron casi todos. Hasta el mismo dueño, que por lo demás estaba en la mejor inteligencia con sus tutores y bebía ponche en su compañía, apenas se presentaban por su aldea; sus ocupaciones consisten en frecuentar las ferias de la comarca, donde se informa minuciosamente de los artículos que solo se venden por mayor como el trigo, el cáñamo y la miel, pero nunca compra mas que fruslerías, como piedras de lumbre, agujas para limpiar la pipa, y en general todo lo que no pasa del valor de un rublo.

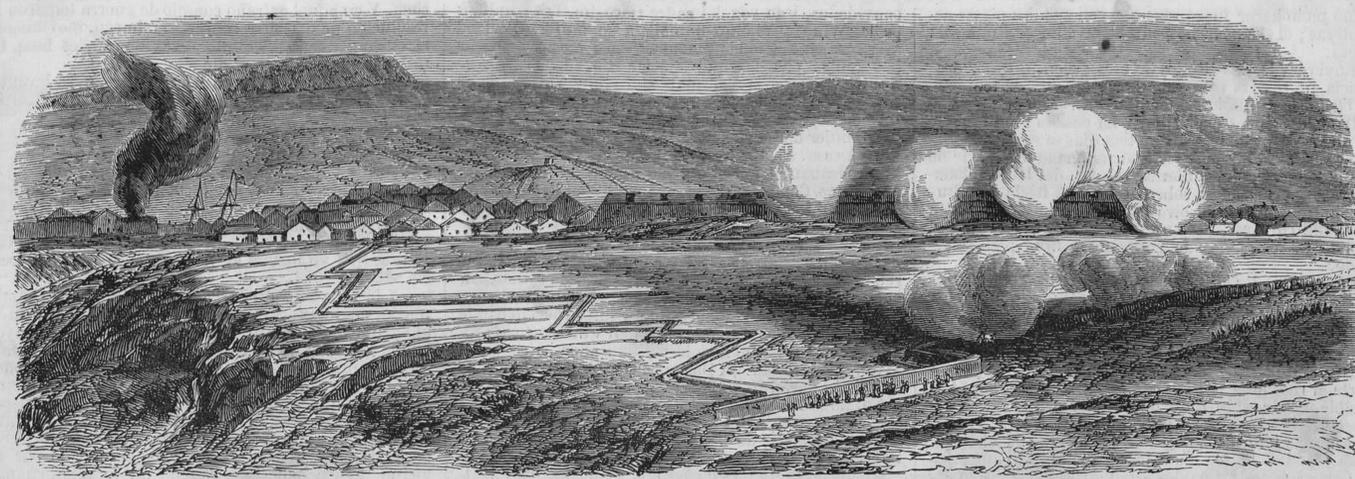
Correspondencia de Crimea.

Kamiesh 11 de diciembre de 1854.

En mi última carta decia á Vds. que esperaba tener algo interesante que comunicarles por el próximo correo; en efecto, escribía eso el 6, y justamente ese dia los rusos trataron de salir por varios puntos para sorprender nuestras líneas, aunque en vano. Solo el *Vladimir* se aventuró algo mas, aunque sin separarse del abrigo protector de las baterías de la plaza. Ya conocen Vds. los pormenores de esta pequeña accion: solamente hay un hecho que yo ignoraba, y es que el *Caton* habia principiado el fuego, viendo unos palos bastante altos sobre la tierra de la bahía, lo que produjo la alarma; en breve se distinguió su pabellon, y entónces, en cuanto el *Vladimir* principió á mostrar su proa á la entrada de la bahía fué saludado por el *Caton*, que desgraciadamente, á causa de la posicion que ocupaba por el vien-

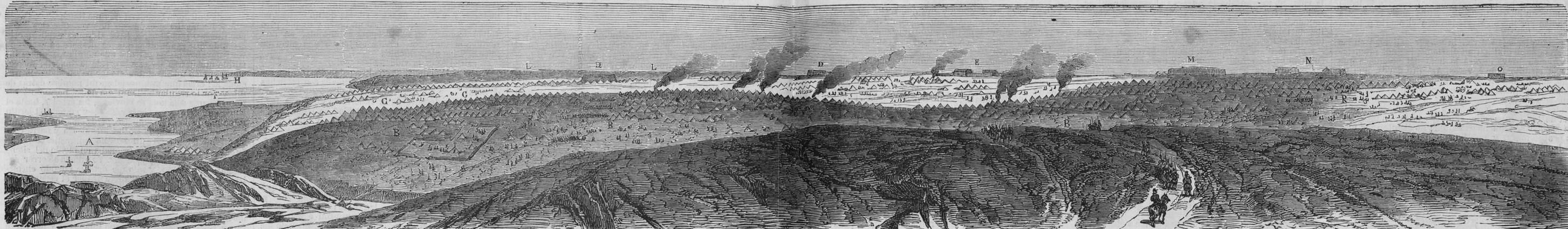


La bahía del *Caton*. — *El Caton, el Vautour y la Megere* á la salida del navío ruso *el Vladimir*.
 Como no hubiéramos podido poner toda esta vista panorámica en una sola lámina, sin reducirla á proporciones microscópicas, hemos preferido cortarla en dos partes que pueden reunirse de derecha á izquierda, para dar mayor importancia á cada una de las localidades, que por medio de una letra ó de un número corresponden con el letrero explicativo.

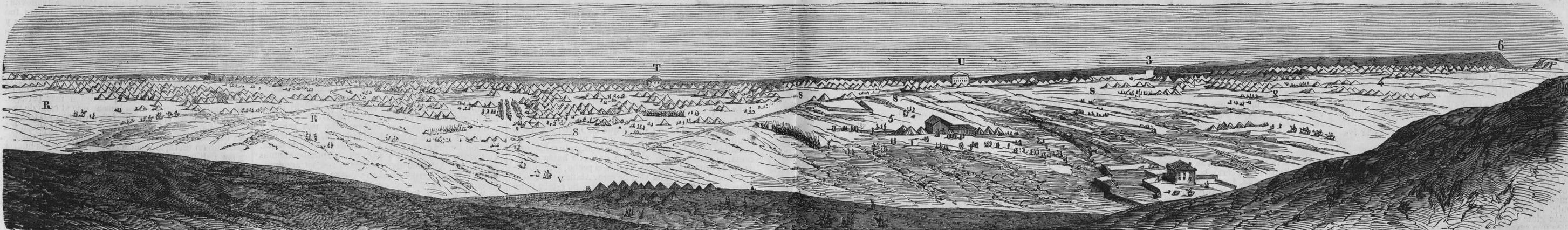


PANORAMA DE LOS CAMPOS DEL EJÉRCITO DE SITIO.

El arrabal de los Marineros, y la estrella grande de los rusos. — Las obras de los ingleses se extienden hasta la plaza.



A, bahía del *Caton*; B, 5ª división; C, 6ª división; D, reductos; E, general de brigada; F, fuerte genovés; H, escuadra del *Katcha*; I, entrada del puerto de Sebastopol; L, lado izquierdo del puerto; M, gran reducto que corresponde con las baterías por un camino cubierto; N, casa del 39 de línea; O, casa ruïnosa; P, sigue la 5ª división;



R, sigue la 5ª división; S, 4ª división; T, casa del general de brigada, donde murió el general de *Lourmel*; U, hospital de sangre de la 5ª división; U, casa del general *Forey*, cuartel general del ejército de sitio; 1, hospital de sangre de la 1ª división; 2, casa de campo ruïnosa; 3, el antiguo telégrafo; 4, 3ª división, de la cual hay dos brigadas que forman parte del ejército de sitio; 5, parque de artillería de la 4ª división; 6, alturas detrás del llano de *Balaklava*



La casa de las Canteras, detrás de las baterías 1, 2, 3 y 4.



El Lazareto, vista tomada de las últimas avanzadas de los cazadores de infantería.

to no pudo hacer fuego mas que con sus dos piezas de lanteras; el *Vautour* no podía tirar sino con una sola pieza.

Envio á Vds. dos dibujos de esta accion, que por desgracia no tuvo el resultado que podia haber tenido si el *Vladimir* se hubiese adelantado un poco mas.

Desde esa época nada nuevo ha pasado; sin embargo diré á Vds. que hace dos ó tres dias se esperaba una nueva batalla. Los rusos han abandonado una parte de sus posiciones á la izquierda, esto es, del lado de Bala-klava para replegarse sobre su derecha hácia las alturas de Inkermann del otro lado del Teharnaia. Corren aquí mil rumores, pero no se sabe nada de seguro; el secreto de los planes de guerra está muy bien guardado.

De todos modos entre los rumores contradictorios que circulan, sobre que el ejército ruso carece de todo, que los soldados de Sebastopol están rendidos de fatiga y diezmados por las enfermedades, mientras otros dicen por el contrario que nada le falta, lo cierto es que están haciendo una defensa admirable; los nuestros por su parte al reconocer á los enemigos un valor que es imposible, negar están muy lejos de temerles; tienen demasiada confianza en su propia bizarría y en la habilidad de sus jefes para no estar seguros de la victoria.

La posicion de las escuadras ha cambiado muy poco; ahora todos los navios están en Kamiesh; solo algunos buques menores están de centinela en el Katcha y hay otros apostados de distancia en distancia dispuestos á darse á la vela para lo que ocurra.

Kamiesh se ha vuelto un puerto francés, y la bahía del Oeste un puerto inglés. La bahía de Kamiesh está defendida por dos buenas baterías, y el puerto por una estacada.

Se sigue trabajando con la mayor actividad en las baterías que se multiplican diariamente; nos prometemos que en breve llegará la hora del desenlace que todo el ejército pide á voces. Aseguro á Vds. que si, como dicen, quieren para el asalto hombres de buena voluntad, entonces habrá que tomar á todo el mundo, ó quedarán muchos descontentos en el ejército.

Entre los dibujos que envío á Vds. recomiendo la vista de los campos que es muy exacta; es necesario que se copie con mucha exactitud; no disminuyan Vds. sus proporciones, y publíquela tal como la mando, por bandas unas encima de otras.

La vista del Lazareto es muy exacta, y tuve que acercarme mucho para sacarla. No he creído conveniente adornar todo esto con el *humo de cañon*, por la sencilla razon de que con él se ocultan los pormenores, y en dibujos de esta naturaleza, los pormenores son el todo.

D. B.

LA HIJA DEL CAPITAN.

NOVELA ESCRITA POR ALEJANDRO PUCHKINE.

(Continuacion.)

Salí precipitadamente del cuarto, bajé en dos saltos á la calle, y eché á correr hácia casa del padre Garasim. Los gritos, las carcajadas y las canciones resonaban dentro. Pugatcheff tenia gran banquete con sus camaradas. Palachka me habia seguido. La envié á llamar secretamente á Akulina Pamphilona. Unos minutos despues, la mujer del cura salió á la antesala con un frasco vacío en la mano.

— En el nombre del cielo, ¿dónde está María Ivanovna? pregunté con inexplicable agitacion.

— Acostada está en mi cama la pobre palomita, respondió la mujer del cura, detrás de ese biombo. ¡Ah! Pedro Andreitch, ¡poco ha faltado para que sucediera una desgracia! Pero por fortuna, no ha ocurrido ninguna novedad. Aun no se habia sentado el bandido á la mesa, cuando esa criatura desventurada su peso á gemir. Sentí que me moria de miedo. El la oyó: ¿Quién gime en tu casa vieja?

Hice una reverencia hasta el suelo al malvado:

— Mi sobrina, czar; está enferma y en cama, hace mas de una semana.

— ¿Es jóven tu sobrina?

— Sí, czar.

— Veamos, vieja, enséñame á tu sobrina.

Conocí que me faltaban las fuerzas, pero ¿qué podia hacer?

— Muy bien, czar, pero la niña no estará en disposicion de levantarse de la cama, y de presentarse ante vos.

— No importa eso, vieja, yo mismo iré á verla.

El maldito lo hizo como lo anunció; descorrió la cortina, la miró con sus ojos de gavilan, y nada mas; Dios nos ayudó. ¿Crearás que el padre y yo estamos preparados para morir como mártires?

Felizmente la palomita no lo ha conocido. ¡Gran Dios! ¿qué fiestas nos vienen! Pobre Ivan Kuzmitch, ¿quién lo hubiera creído? ¡y Basilisa Iegorovna! ¡y Ivan Ignatitch! ¡y Vd. cómo se ha librado? ¿y qué me dice Vd. de Alexei Ivanitch? Se ha cortado el pelo, y helo ahí que alterna con ellos. Preciso es decir que es hábil. Y cuando he hablado de mi sobrina enferma, ¿crearás que me ha echado una mirada, como si quisiera atravesarme con su cuchillo? Sin embargo, no nos ha vendido. Gracias le sean dadas, al menos por esto.

En aquella sazón resonaron en coro los gritos de los

convidados, y la voz del padre Garasim. Los bandidos pedian vino, y el cura llamaba á su mujer. «Volved á la casa, me dijo conmovida. Tengo otras cosas que hacer mas precisas que charlar con Vd., Pedro Andreitch. Lo pasaria Vd. mal, si cayera Vd. ahora en sus manos. Adios; lo que fuere será; acaso se digne Dios no dejarnos de su mano.»

La mujer del cura se fué un poco tranquila; yo me volví á casa. Al atravesar la plaza, ví muchos bachkirs que rodeaban el patibulo para quitar las botas á los ahorcados. Con pena contuve la explosion de mi cólera, cuya inutilidad conocí al punto. Los facinerosos recorrían la poblacion y saqueaban las casas de los oficiales. Por todas partes se oían los gritos de las orgias de los rebeldes. Entré en mi alojamiento. Savelitch me recibió en el umbral de la puerta. «Gracias á Dios, exclamó, creía que esos malvados se habian apoderado otra vez de tí. ¡Ah! padre mio Pedro Andreitch, ¿lo creerías tú? esos tunantes nos han quitado todo: los vestidos, la ropa blanca, la vajilla: nada han dejado. ¡Pero qué importa! ¡A Dios gracias, no te han quitado la vida! Pero has reconocido, señor, á su *ataman* (1)?

No, no lo he reconocido. ¿Quién es pues Savelitch? — Como, padrecito, ¿has olvidado al que te se llevó el *tulup* de pieles de liebre? Y el bribon ha hecho estallar todas las costuras al ponérselo.

Me quedé atónito. Con efecto, la semejanza de Pugatcheff y de mi guia era sorprendente. Acabé por persuadirme de que Pugatcheff y él eran el mismo hombre, y entonces comprendí porque me habia perdonado la vida. No me cansaba de admirar el singular enlace de los sucesos. Un *tulup* de muchacho, dado á un vagamundo, me libraba de la horca, y un borracho que iba de taberna en taberna, sitiaba fortalezas y trastornaba el imperio.

«¿No te dignarás comer? me dijo Savelitch, fiel á sus hábitos. Es verdad que no hay nada en casa, pero yo buscaré por todas partes, y te prepararé alguna cosa.»

Habiéndome quedado solo me puse á reflexionar. ¿Qué podia hacer? No dejar la fortaleza sometida á un bandido, ó juntarme con su tropa, era indigno de un oficial. El deber me exigia que fuera adonde pudiera servir á mi patria en las críticas circunstancias en que se encontraba. Pero mi amor me aconsejaba con no menor fuerza permanecer al lado de María Ivanovna para ser su protector y caballero. Aunque preveía un cambio próximo é inevitable en la marcha de los acontecimientos, no podia prescindir de temblar calculando el peligro que corría.

Mis reflexiones fueron interrumpidas por la llegada de un cosaco que venia á decirme que el gran czar me llamaba.

— ¿Dónde está? pregunté preparándome á obedecer.

— En casa del comandante, replicó el cosaco. Despues de comer, nuestro padre ha ido al baño; ahora descansa. ¡Ah! vuestra señoría, bien se vé que es un personaje importante; se ha dignado comerse dos cochinitillos de leche asados; y luego ha subido á lo mas elevado del baño (2), donde hacia tanto calor, que el mismo Tarass Kurotchkine no ha podido soportarlo. Es preciso convenir en que todos sus modales son majestuosos... y en el baño, segun se dice, ha mostrado sus signos de czar; en uno de ellos, una águila con dos cabezas, grande como un petak (3), y en la otra su propio retrato.

No creí necesario contradecir al cosaco, y lo seguí á casa del comandante, procurando pensar en la entrevista con Pugatcheff y en adivinar de qué modo acabaria. El lector me creará fácilmente si le digo que no estaba del tado tranquilo.

Comenzaba á oscurecer cuando llegué á casa del comandante. El patibulo con sus víctimas se alzaba negro y aterrador: el cuerpo de la pobre comandanta yacia aun junto á la puerta, cerca de la cual habia dos cosacos de guardia. El que me habia llevado entró para anunciarme; volvió en seguida y me introdujo en aquella habitacion, en donde me habia despedido la víspera de María Ivanovna.

Un cuadro singular se ofreció á mi vista. A una mesa, cubierta con su mantel, y llena de botellas y de vasos, estaba sentado Pugatcheff, rodeado de una decena de cosacos, con gorras y camisas de color, calientes con el vino, con rostros inflamados y ojos chispeantes. No ví entre ellos á sus nuevos afiliados, á los traidores Alexei Ivanitch y el *uriadnik*.

«¡Ah! ¡ah! es vuestra señoría, dijo Pugatcheff al verme. Sed bienvenido. ¡Tomad asiento en el festin!»

Los convidados se estrecharon: yo me senté silencioso en el extremo de la mesa. Mi vecino, jóven cosaco, esbelto de cuerpo y de agraciado rostro me sirvió un cortadillo de aguardiente, que no probé. Yo estaba seriamente ocupado en contemplar la reunion. Pugatcheff estaba sentado en el puesto preferente, apoyados los codos en la mesa y su barba negra en su ancha mano. Sus facciones regulares y agradables no tenian ninguna expresion de ferocidad. Se dirigia á menudo á un hombre de unos cincuenta años, llamándolo unas veces conde, otras Timofeitch, y algunas tio mio. Todos se trataban como camaradas, sin mostrar una deferencia muy marcada á su jefe. Hablaban del asalto de la mañana, del buen éxito de la sublevacion y de sus próximas operaciones. Cada uno encarecia sus proezas, exponia su opinion y contradecia libremente á Pugat-

(1) Jefe militar entre los cosacos.

(2) De vapor.

(3) Moneda de cobre del valor de cinco kopeks.

cheff. Y en aquel extraño consejo de guerra tomaron la resolucion de marchar sobre Oremburgo, movimiento atrevido y que estuvo muy cerca de salirles bien. La salida se dispuso para el dia siguiente.

Los convidados echaron el último trago, se levantaron y se despidieron de Pugatcheff. Yo queria retirarme con ellos; pero Pugatcheff me dijo:

«Quédate, porque quiero hablarte.»

Nos quedamos solos.

Durante unos cuantos minutos permanecimos en el mas profundo silencio. Pugatcheff me miraba fijamente, guiñando de vez en cuando su ojo izquierdo con una expresion indefinible de astucia é ironía. Por fin soltó la carcajada, y con una alegría poco fingida, tan franca, que yo mismo al verlo reirse, me eché á reir sin saber porqué.

«Y bien, vuestra señoría, confíeselo, tú has tenido miedo, cuando mis muchachos te han echado la cuerda al cuello. Creo que no te ha parecido el cielo mayor que la piel de un carnero. Y si no es por tu criado te hubieras columpiado grandemente. Al punto he reconocido al viejo buho. Y bien, ¿hubieras tú pensado que el hombre que te ha guiado al albergue en la estepa, era el mismo gran czar? Al decir aquellas palabras afectó un aire grave y misterioso. Muy culpable eres para conmigo, repuso; pero te he perdonado por tu virtud, y por haberme prestado un servicio, cuando me iba ocultando de mis enemigos. Pero otras cosas mayores verás: yo te colmaré de beneficios, cuando acabe de recobrar mi imperio. ¿Me prometes servirme con zelo?»

La pregunta del bandido y su impudencia me parecieron tan irrisorias, que no pude reprimir una sonrisa.

«¿Porqué te ries? me preguntó frunciendo el entrecejo: ¿Por ventura no crees que soy el gran czar? responde francamente.»

Me turbé. Reconocer un vagamundo por emperador no era posible para mí; esto me parecia una bajeza imperdonable. Llamarlo impostor en su cara, era condenarme á muerte; y el sacrificio á que estaba dispuesto al pié del cadalso, en presencia de todo el pueblo, y con el entusiasmo de la indignacion, me parecia una fanfarronada inútil. Yo no sabia que decir. Pugatcheff aguardaba mi respuesta con un silencio imponente, feroz. En fin (y aun recuerdo aquel momento con satisfaccion), el sentimiento del deber triunfó en mí de la debilidad humana. Respondí á Pugatcheff:

— Escucha: yo te diré la verdad completa. A tí mismo te hago juez: ¿Puedo reconocer en tí un czar? tú eres hombre de talento: tú verías que yo mentia.

— ¿Quién soy pues, á juicio tuyo?

— Dios lo sabe; pero quien quiera que seas, juegas un juego muy aventurado.

Pugatcheff me dirigió una mirada rápida y penetrante.

— ¿Tú no crees pues que yo soy el emperador Pedro? Pues bien, sea. ¿Pero acaso no hay triunfos reservados á los atrevidos? ¿No ha reinado antiguamente Grichka Otrepieff (1)? Piensa de mí lo que quieras, pero no me dejes. ¿Qué te importa á tí lo uno ó lo otro? El que es cura es padre. Sirveme fielmente, y te haré un mariscal ó un príncipe. ¿Qué dices á eso? ¿qué me respondes?

— No, contesté con firmeza; soy un caballero; he prestado juramento á su majestad la emperatriz; yo no puedo servirte. Si efectivamente me quieres bien, envíame á Oremburgo.

Pugatcheff se puso á reflexionar.

— Pero si te envío, me dijo, ¿me prometes á lo ménos no hacer armas contra mí?

— ¿Cómo quieres que te lo prometa? respondí; tú sabes que eso no depende de mi voluntad. Si me mandan marchar contra tí, será menester que yo obedezca. Tú eres un jefe ahora, tú quieres que tus subordinados cumplan tus órdenes. ¿Cómo puedo rehusar el servir, si se exige mi servicio? Mi cabeza está entre tus manos; si me pones en libertad, te doy las gracias; si me condenas á muerte, que Dios te juzgue; pero te he dicho la verdad, te he hablado con la mas absoluta franqueza.

Esto le agradó á Pugatcheff.

— Enhorabuena, me dijo dándome un golpecito en el hombro; es preciso ó castigar ó perdonar por completo. Largo de aquí, y haz de tu capa un sayo. Ven mañana á decirme adios. Y ahora véte á dormir; yo tambien tengo sueño.

Dejé á Pugatcheff y salí á la calle. La noche estaba sosegada y fría; la luna y las estrellas, brillando con todo su esplendor, alumbraban la plaza y el patibulo. Todo estaba tranquilo y sombrío en el resto de la poblacion. Solo se veía luz en la taberna, en donde se oían los gritos descompasados de los bebedores. Eché una ojeada á la casa del cura, las puertas y las ventanas estaban cerradas; todo parecia en ella perfectamente silencioso.

Entré en mi casa, y hallé á Savelitch deplorando mi ausencia. La noticia que le dí de haber recobrado mi libertad lo llenó de júbilo.

«Gracias te sean dadas, Señor, dijo santiguándose; mañana al rayar el dia saldremos de la fortaleza, y andaremos á la mano de Dios. Ya te he preparado alguna cosa; come, padre mio, y duerme hasta al amanecer.»

Seguí su consejo, y despues de haber cenado con mucho apetito, me dormí en el pavimento, como sobre un colchon de pluma, por ser muy grande la fatiga de mi cuerpo y la de mi espíritu.

(1) El primero de los falsos demetrios.

IX.

LA SEPARACION.

El tambor me despertó muy temprano. Acudí á la plaza. La fuerza de Pugatcheff comenzaba á formar allí, al rededor del patíbulo, en donde todavia seguían expuestas las víctimas de la víspera. Los cosacos estaban á caballo; los soldados de infantería con el arma al brazo; las banderas flotaban desplegadas. Muchos cañones, entre los que reconocí el nuestro, estaban montados en cureñas de montaña. Todos los habitantes se habian reunido en el mismo sitio esperando al usurpador. Delante de las escalerillas de la casa del comandante, un cosaco tenia del diestro un magnífico caballo de raza kirghise. Yo buscaba con la vista el cuerpo de la comandanta; lo habian arrimado á un rincón, y lo habian cubierto con una esterilla vieja.

Pugatcheff salió por fin de su alojamiento. Todo el mundo se descubrió la cabeza. Pugatcheff se paró sobre las gradas de la casa, y saludó á todos. Uno de los jefes le presentó un saco lleno de monedas de cobre, que comenzó á tirar á puñados. El pueblo se precipitó á cogerlas, disputándose las á puñetazos. Los principales cómplices de Pugatcheff lo rodearon como cortesanos. Alexei era uno de tantos. Nuestras miradas se encontraron; él pudo leer el desprecio en la mia, y apartó la vista con una expresión que revelaba de una manera evidente, no solo para mí que lo conocia á fondo, sino aun para el espectador mas indiferente, el aborrecimiento verdadero que me profesaba junto con la mas falsa burla. Apercibiéndome entre la muchedumbre, Pugatcheff me hizo una señal con la cabeza, y me llamó para que fuera adonde él estaba.

— Escucha, me dijo con calma, parte en este mismo instante para Oremburgo. Tú declararás por encargo mío al gobernador y á todos los generales que allí se encuentren, que se dispongan á recibirme antes de que pasen ocho días. Aconséjales que lo hagan con sumisión y amor filial, de otro modo se condenan ellos mismos á un suplicio inevitable y terrible. Buen viaje, señorita. Y volviéndose hácia el pueblo, señaló á Alexei:

— Aquí, teneis, dijo, á vuestro nuevo comandante. Obedecedle en todo; él me responde de vosotros y de la fortaleza. Yo oí aquellas palabras con terror. Dueño Alexei Ivanitch de la plaza, María quedaba en su poder. ¡Gran Dios! ¡Qué va á ser de ella! Pugatcheff bajó las escaleras; le acercaron el caballo, y montó rápidamente sin esperar que lo ayudaran los cosacos que se disponían á sostenerlo.

En aquel momento ví salir de entre la muchedumbre á Savelitch, se aproximó á Pugatcheff, y le presentó un papel. No calculaba yo ni podia calcular de que se trataba. ¿Qué es esto? preguntó Pugatcheff.

— Lee, respondió Savelitch, dignate leer.

Pugatcheff recibió el papel y lo examinó largo rato con aire de importancia.

— Muy ilegiblemente escribes, dijo por fin; mis ojos lúcidos (1) no pueden descifrar nada. ¿Dónde está mi primer secretario?

Un muchacho jóven, con uniforme de cabo, se acercó al punto á Pugatcheff.

— Lee en voz alta, le dijo el usurpador, dándole el papel.

Mucha curiosidad tenia yo de saber lo que habia escrito mi menino á Pugatcheff.

El primer secretario se puso á deletrear con voz sonora y retumbante lo que sigue:

« Dos batas, una de percal, otra de seda rayada: — 6 rublos.

— ¿Qué significa esto? interrumpió Pugatcheff frunciendo el ceño.

— Manda leer mas adelante, dijo Savelitch con mucha calma.

El secretario continuó:

« Un uniforme de paño fino y de color verde: — 7 rublos.

« Un pantalon de paño blanco: — 3 rublos.

« Doce camisas de Holanda, con puños: — 10 rublos.

« Un estuche con un servicio de té: — 2 rublos y medio.

— ¿Qué majadería es esa? exclamó Pugatcheff. ¿Qué me importan á mí esas cajas de té, y esos pantalones?

Savelitch preparó su voz tosiendo, y se puso á dar explicaciones:

— Comprende, padre mio, que esta es la nota de los objetos pertenecientes á mi amo, que se han llevado los malvados.

— ¿Qué malvados? preguntó Pugatcheff con aspecto terrible.

— Perdona, la lengua me ha hecho traicion; para malvados, ellos no son malvados; pero sin embargo, tus muchachos han registrado y robado bien; preciso es convenir en ello. No te enojas; el caballo tiene cuatro piernas, y no obstante hoiesta en tierra. Manda que concluyan la lectura.

— Veamos, lee, dijo Pugatcheff.

*El secretario continuando:

« Una sobrecama de Persia, otra de tafetan: — 4 rublos.

« Un capote de pieles de zorro: — 40 rublos.

« Y además un *tulup* de pieles de liebre, regalado á Tu Gracia en el albergue de la estepa: — 15 rublos.

(1) Alusion á las antiguas fórmulas de los memoriales dirigidos al czar: «Yo golpeo la tierra con mi frente, y presento mi súplica á tus ojos lúcidos...»

— ¿Cómo es eso? gritó Pugatcheff echando chispas por los ojos.

Confieso que temblé por mi pobre menino. Iba ya á engolfarse en nuevas explicaciones, cuando Pugatcheff lo interrumpió:

— ¿Cómo has tenido valor para importunarme con tantas necedades? exclamó arrancando el papel de las manos del secretario, y arrojándolo á las narices del pobre Savelitch. ¡Viejo necio! ¡Los han saqueado á Vds. gran desgracia! Pero tú debes, buho viejo, rogar eternamente á Dios por mí y por mis muchachos, por no haber sido colgados ni tú ni tu amo con los otros rebeldes... Un *tulup* de pieles de liebre; ¡buen *tulup* de pieles de liebre te daré yo! ¡Sabes que voy á mandar que te desuellen vivo para que hagan *tulups* con tu pellejo!

— Como gustes, respondió Savelitch; pero yo no soy un hombre libre, y debo dar cuenta de los bienes de mi amo.

Pugatcheff estaba indudablemente en un acceso de grandeza de alma. Volvió la cabeza y partió sin decir palabra.

Alexei y los jefes lo siguieron. Toda la tropa salió ordenada de la fortaleza. El pueblo lo fué acompañando. Yo me quedé solo en la plaza con Savelitch. Mi menino tenia en la mano su nota, y la consideraba con aire de profundo sentimiento. Viendo mi cordial inteligencia con Pugatcheff, habia creído que podria aprovecharse de ella. Pero su buena intencion no le bastó. Yo iba á reprenderlo duramente por su exagerado é intempestivo zelo, y no pude prescindir de reirme.

— Rie, señor, rie, me dijo Savelitch con gravedad, que me pareció ridícula, pero cuando te veas obligado á volver á poner casa, verémos si tienes ganas de reirte tanto como ahora.

Fuí corriendo á casa del padre Garasim á ver á María Ivanovna.

La mujer del cura me salió á recibir para anunciarme una dolorosa noticia. La niña habia sido acometida la noche anterior de una calentura terrible, que la habia delirar. Akulina Pamphilovna me introdujo en su habitacion. Me acerqué á su cama con mucha precaucion. Me sorprendió mucho el horroroso cambio que habia sufrido su rostro. La enferma me miró y no me reconoció. Inmóvil ante ella, estuve mucho rato sin oír al padre Garasim y á su excelente esposa, que, segun todas las apariencias se esforzaban en consolarme. Lúgubres ideas agitaban mi espíritu. La posicion de una triste huérfana, abandonada, indefensa en manos de los facinerosos, me horrorizaba tanto, cuanto me desolaba mi propia impotencia; pero Alexei, me horrorizaba sobre todo. Habiéndose quedado de jefe, investido con los omnímodos poderes del usurpador, en la fortaleza que habitaba la desventurada jóven, objeto de su inextinguible odio, era capaz de cometer todo linaje de excesos y fechorías. ¿Qué era lo que yo podia hacer? ¿Cómo podria socorrerla, cómo podria libertarla de las garras de su enemigo? No quedaba mas que un medio, y por consiguiente lo abraqué. Partir á toda priesa para Oremburgo á fin de procurar que Belogorsk fuese evacuado con la mayor brevedad posible y cooperar á ello por cuantos medios estuviesen á mi alcance. Me despedí del padre Garasim y de Akulina Pamphilovna, recomendándoles con las mas ardientes instancias á la persona á quien consideraba ya como mi esposa. Cogí la mano de la pobre criatura, y la cubrí de besos y de lágrimas. «Adios, me dijo la mujer del cura acompañándome á la puerta, adios Pedro Andreitch; tal vez nos volvamos á ver en mejores tiempos. No se olvide Vd. de nosotros y escribanos Vd. con frecuencia. La pobre María Ivanovna no tiene mas apoyo ni mas consuelo que el que Vd. le preste.»

Al llegar á la plaza, me paré delante del patíbulo, saludé respetuosamente, y tomé en seguida el camino de Oremburgo en compañía de Savelitch que no me abandonaba.

De esta suerte marchaba abismado en profundas reflexiones cuando de repente sentí detrás de mí galope de caballos. Volví la cabeza y ví á un cosaco que venia de la fortaleza, conduciendo de la rienda un caballo de Bachkir, y haciéndome desde lejos signos para que lo aguardase.

Me detuve y reconocí bien pronto á nuestro *uriadnik*.

Después de habernos alcanzado á todo correr, se apeó de su caballo, y entregándome la brida del otro: «vuestra señorita, me dijo, nuestro padre os regala un caballo y un capote de sus hombros.» En la silla estaba colgada una simple piel de carnero. «Y además, añadió vacilando, os da.... medio rublo.... Pero se me ha perdido en el camino, dispéñeme Vd. generosamente.» Savelitch lo miró de reojo: «Lo has perdido en el camino, dijo él; ¿qué es pues lo que suena en el bolsillo, grandísimo desvergonzado?»

— ¿Lo que suena en mi bolsillo? replicó el *uriadnik* sin desconcertarse; Dios te perdona, anciano; un freno es lo que suena y no medio rublo.

— Bueno, bueno, dije yo para poner término á la disputa; da las gracias de mi parte al que te envia; y aun procura el volver á hallar el medio rublo que se ha perdido, y si lo encuentras, quédate con él para que bebas.

— Muchas gracias, vuestra señorita, dijo haciendo volver á su caballo; eternamente rogaré á Dios por Vd. Dichas estas palabras partió al galope, como habia venido, con una mano en la bolsa, y muy pronto lo perdimos de vista.

Me puse el *tulup* y monté en seguida á caballo, poniendo á Savelitch á la grupa.

— ¿Ves bien, señor, me dijo el viejo, que no he presentado inútilmente mi súplica al bandido? El ladrón se ha avergonzado: aunque ese rocinante bachkir y este grosero tulup de campesino no valgan tan siquiera la mitad de lo que me han robado esos tunantes, y de lo que tú mismo te has dignado ofrecerles como presente, sin embargo, esto puede sernos útil. «De un mal perro, venga aunque sea no mas que un puñado de pelos.»

X.

EL SITIO.

Al aproximarnos á Oremburgo, apercibimos una multitud de presidiarios con las cabezas rapadas y los rostros desfigurados por las tenazas del verdugo (1). Estaban trabajando en las fortificaciones de la plaza bajo la vigilancia de los soldados inválidos de la guarnicion. Algunos sacaban los escombros que cegaban el foso; otros cavaban la tierra con azadones. Los albañiles trasportaban ladrillos para reparar las destrozadas murallas. Los centinelas nos detuvieron en la puerta para pedirnos los pasaportes. Cuando el sargento supó que veniamos de la fortaleza de Belogorsk, nos llevó en derechura al alojamiento del general.

Hallábase este en su jardin, examinando los manzanos que el soplo injurioso del viento del otoño habia despojado de sus hojas, y con un jardinero viejo que lo ayudaba, los envolvía cuidadosamente con paja. Su fisonomía expresaba una completa tranquilidad de ánimo, buen humor y excelente salud. Pareció alegrarse con mi visita, y comenzó á hacerme preguntas acerca de los terribles acontecimientos que yo habia tenido la desdicha de presenciar. Se los referí con la exactitud de un testigo ocular, que habia tenido además tanta parte y tan dolorosa en ellos. El anciano me escuchaba con atencion sin dejar por eso de cortar las ramas secas de los árboles. «Pobre Mironoff, dijo él, cuando acabé mi narracion; lo siento mucho. Habia sido buen oficial. Y la señora Mironoff era una buena señora, muy hábil para salar las setas. ¿Y qué se ha hecho María, la hija del capitán?» Le respondí que se habia quedado en Belogorsk, en casa del cura, el padre Garasim.

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! malo, malo, dijo el general, muy malo, es imposible contar con la disciplina de los bandidos.

Yo le hice observar que la fortaleza de Belogorsk no estaba muy distante, y que probablemente Su Excelencia no tardaria en enviar un destacamento de tropas para libertar á los desgraciados habitantes.

El general meneó la cabeza con aire de duda.

— Verémos, verémos, dijo; tiempo tenemos de hablar de eso. Te ruego que vengas á tomar el té conmigo. Esta noche se celebrará consejo de guerra; tú puedes darnos detalles precisos de los tristes acontecimientos que han ocurrido en Belogorsk, y noticias acerca de ese bribon de Pugatcheff y su ejército. Entretanto vé á descansar.

Me fui al alojamiento que me habian señalado, y en el cual se habia instalado ya Savelitch. Con mucha impaciencia aguardé la hora indicada. El lector puede creer sin dificultad que no pensaba yo faltar por nada de este mundo á aquel consejo de guerra que debia influir tan poderosamente en mi porvenir. A la hora indicada me hallaba en casa del general.

Allí encontré á un empleado civil de Oremburgo, el director de Aduanas, si mal no me acuerdo, viejecito pequeño y rechoncho, de cara encendida, vestido con una casaca de seda.

Empezó á preguntarme por la suerte de Ivan Kuzmitch, á quien llamaba su compadre, y me interrumpia con frecuencia para hacerme observaciones sentenciosas y preguntas accesorias, que, si no revelaban un hombre versado en las cosas de la guerra, mostraban en él talento natural y sano criterio. En este intervalo se reunieron los demás invitados. Cuando todos hubieron tomado asiento, y después de haber servido á cada uno de ellos una taza de té, el general expuso extensa y minuciosamente el asunto de qué se iba á tratar.

— Ahora, señores, necesitamos discutir y deliberar de que modo hemos de combatir á los rebeldes. ¿Lo haremos ofensiva ó defensivamente? Cada una de estas dos maneras tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Por consiguiente, recogerémos los votos en la forma legal, es decir, consultando primero á los de menor graduacion. Señor abanderado, continuó dirigiéndose, tenga Vd. la bondad de emitir su parecer.

(Se continuará.)

Minas de cobre del Ued-Allelab, cerca de Tenes, en la Argelia.

Tenes es un puertecillo situado sobre la costa de Africa entre Argel y Orán. Los romanos habian construido en una meseta que domina la llanura, una ciudad bastante grande cuyas ruinas han suministrado la mayor parte de los materiales para la poblacion actual. En cuanto á los árabes, hace tiempo abandonaron esta posicion y se establecieron á la entrada de los terrenos

(1) El horrible suplicio de arrancar las narices á estos desgraciados no ha sido abolido en Rusia hasta el reinado de Alejandro.

montañosos que separan el territorio de Tenes de las llanuras del Ued-Allah, y hoy habitan exclusivamente en el pueblecillo llamado *Tenes el viejo*.

En el año 1842 el mariscal Bugeaud conociendo las ventajas de esa costa fértil, decidió la fundación de una nueva colonia, que gracias á su buena posición y á la proximidad de la España, prosperó rápidamente; en 1844 se descubrieron en su territorio ricas minas de cobre, y con este motivo su población creció hasta llegar en 1846 á más de 2,500 almas.

Los árabes habían reconocido la existencia de tales ruinas, pues uno de sus escritores Sidi-ben-Jof-lusseff, dijo lo siguiente: *Tenes, ciudad edificada sobre el cobre*.

Sin embargo, los árabes no sacaron ningún partido de estas riquezas, y solo en 1844 M. P. Briqueler comenzó los primeros trabajos, que aunque interrumpidos en un principio, dieron por resultado, el demostrar la riqueza de los filones de tal suerte que la explotación recibió en 1850 un impulso definitivo.

Se maravilla uno al encontrar establecimientos activos provistos de todos los aparatos que requieren las

explotaciones más adelantadas, en unos barrancos que hace poco tiempo estaban desiertos. Buenos caminos, plantíos, sembrados y canales de riego, han añadido nuevos elementos de colonización al trabajo ordinario de las minas.

Los tres dibujos adjuntos, pueden dar una idea precisa de una parte de los establecimientos que existen en

último punto están situados los principales establecimientos que sirven para la explotación de la mina de esa parte de la concesión. Los minerales en bruto salen de las galerías por varios caminos de hierro que los conducen á los talleres de preparación. Por último el n° 3 indica una vista de los talleres de molienda y de lavado, donde los minerales más pobres se enriquecen

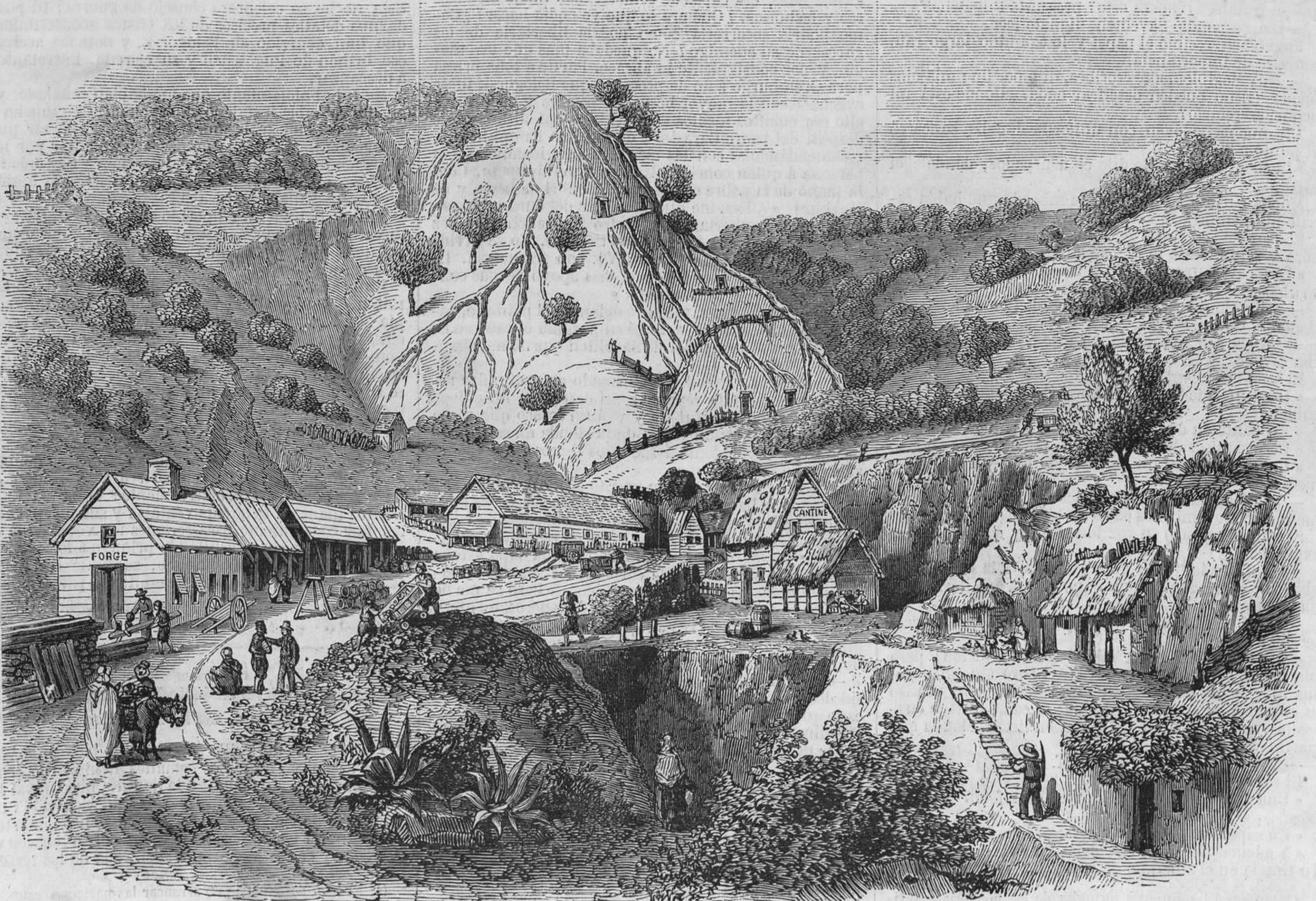
el barranco del Ued-Bukandak, uno de los puntos de la concesión del Ued-Allah, donde los trabajos están en mayor fuerza, pues el campo de explotación de estas minas se extiende sobre un perímetro correspondiente á una legua cuadrada.

El n° 1° indica la posición del pozo principal de extracción, y de la rica galería n° 5, puesta en comunicación con los tres pisos de los trabajos en ejecución debajo del fondo del barranco. Otro pozo grande, que no se ha podido figurar, se halla colocado á 150 metros del primero, y se halla ya en comunicación con este por medio de galerías.

El n° 2 descubre el contrafuerte de la orilla derecha del barranco, con venas de cobre. Cuatro pisos de galerías se han practicado en la altura de la montaña sobre el fondo del barranco, y sobre este



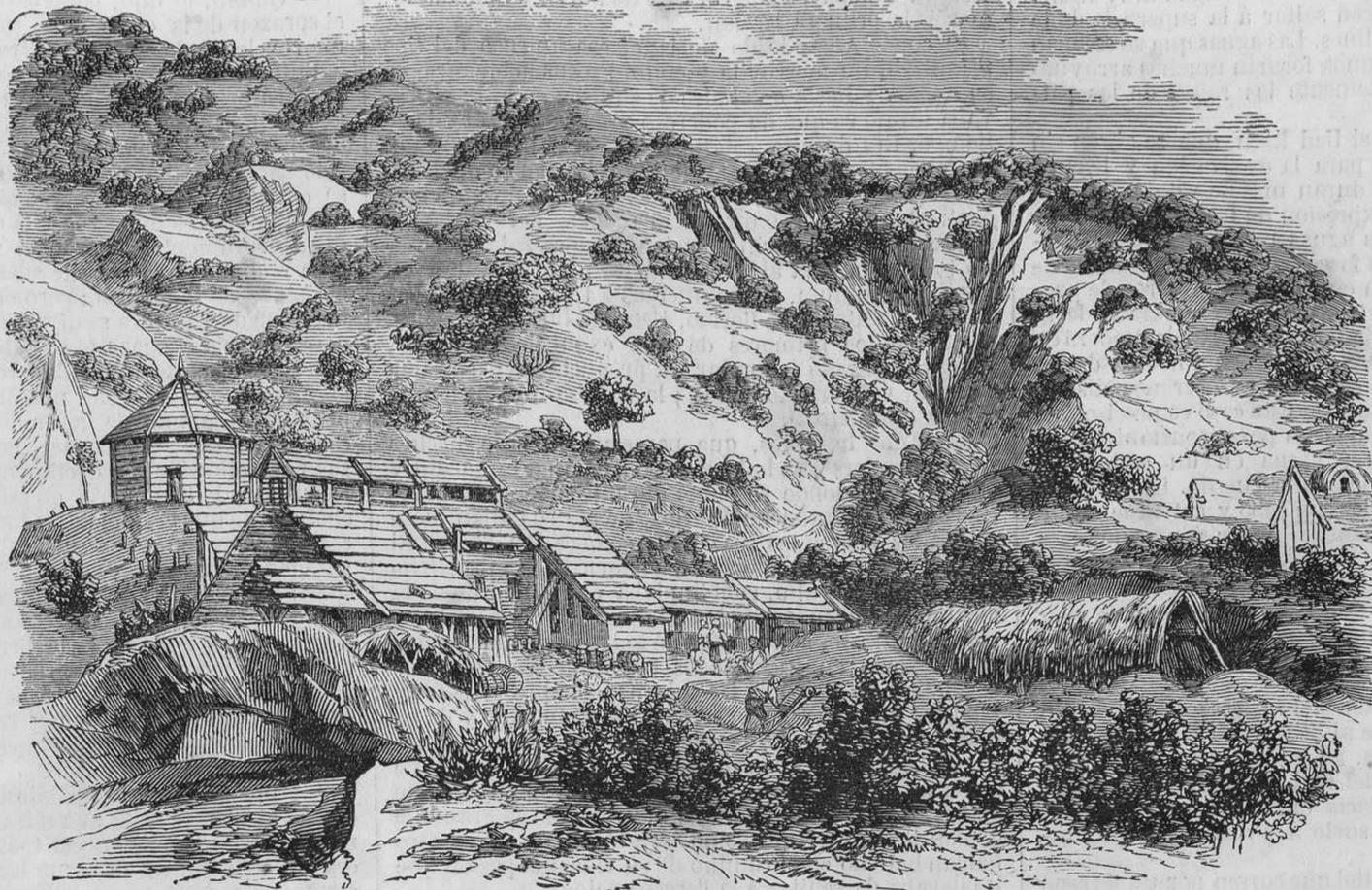
Minas de cobre del Ued-Allah, cerca de Tenes. — Explotación sobre la orilla izquierda del Ued-Bukandak.



Aspecto de los filones aparentes de mineral, y galerías de explotación sobre los alturas de la concesión.

con una ley de 16 á 25 por ciento de cobre, mediante una operacion que consiste en separar las partes metálicas de los fragmentos de rocas á que están pegados. Este trabajo tan importante se practica segun el método empleado en los establecimientos de las minas de la nueva montaña en Bélgica. El mineral de la concesion del Ued-Allah es de cobre piritoso que contiene de 33 á 34 0/10 de cobre puro.

Lo que da un carácter muy notable á las minas de Tenes, es que trabajan en la superficie los indígenas; mas de cien árabes ó kabilas se hallan empleados diariamente en escoger y preparar los materiales; en cuanto á los trabajos subterráneos fueron ejecutados en un principio por mineros franceses ó españoles. Sin embargo, ya se ha podido acostumar un poco á los árabes á que bajen á las obras in-



Los lavaderos.

feriores de los pozos para ayudar á los mineros; los indígenas no temen ya habitar y trabajar en esas som-

una proteccion eficaz, y sobre todo que se abreviaran las formalidades administrativas para las concesiones.

brías moradas donde á cada instante se oyen explosiones. Con el tiempo hay esperanzas de que los árabes aprendan el oficio de minero, lo que seria una economia considerable en el costo de los trabajos, pues el jornal que se da á los árabes no pasa por lo regular de 1 fr. 25 céntimos, remuneracion extraordinaria para estos pobres que viven por lo regular con la quinta parte de ese salario.

En la Argelia, y sobre todo en la comarca de Tenes, abundan los filones minerales, y ellos podrian constituir uno de los elementos mas fecundos de colonizacion si pudiera fijarse allí una poblacion laboriosa, pero para esto seria preciso que los hombres que comprometieran en tamaña empresa su fortuna, tuvieran

Los pozos artesianos de Tugurt (Argelia.)

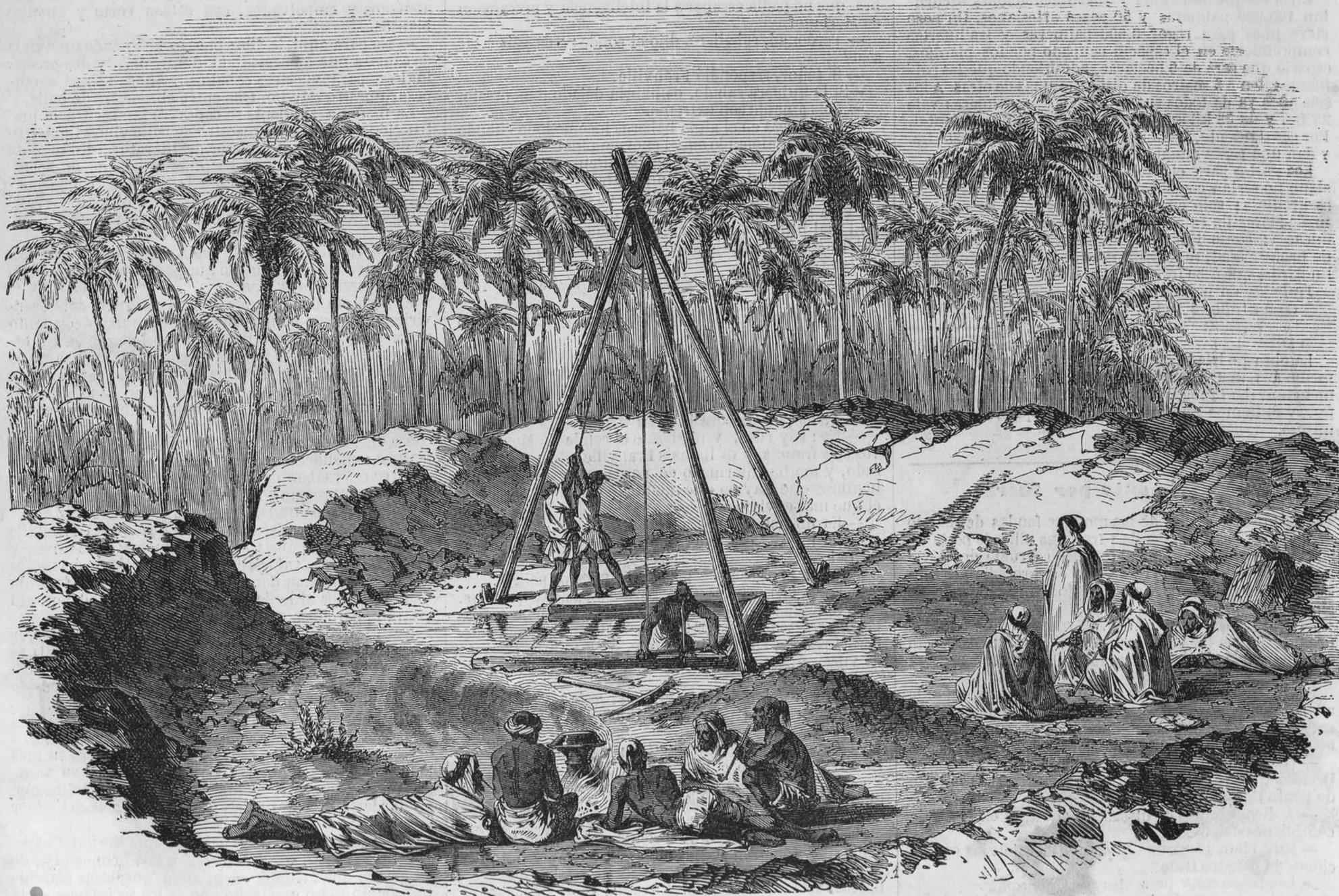
Al Sur de Biskra, á unas 48 leguas kilométricas de distancia, se encuentra la ciudad de Tugurt, residencia de una dinastia de cheikhs, y capital de una provincia que cuenta treinta y cuatro pueblos ó aldeas; la poblacion de este gobierno, hoy bajo el mando del cheikh Abd-el-Rahman-ben-Omar-ben-Djallah, es de 25,000

almas; el scheikh paga á la Francia un tributo anual de 20,000 francos.

Las tres provincias cuyas capitales son, Tugurt, Temacin y Uargla, se hallan situadas en la parte meridional del Sahara argelino, conocido con el nombre de Uad-Righ, que significa rio subterráneo. Esta comarca,

que tiene 264 kilómetros del Norte al Sur, y 40 del Este al Oeste, forma una superficie de 10,560 kilómetros cuadrados; pero no cuenta mas que 84,000 habitantes ó sea 8 individuos por kilómetro cuadrado.

El Uad-Righ, se llama así porque á una profundidad variable de 65 á 20 metros, pasa del Norte al Sur bajo



Los pozos artesianos de Tugurt (Argelia.)

un terreno arcilloso, una corriente de agua muy abundante que los árabes hacen saltar á la superficie de la tierra para regar sus jardines. Las aguas que se escapan como en los pozos artesianos forman muchos arroyuelos que bañan constantemente las raíces de las palmeras.

Los pozos artesianos del Uad-Righ, que se abren sin otra cosa que una azada para la excavacion y leña de palma para cubrirlos, no duran mas de veinte años; el pozo muerto, segun la expresion de los árabes, el bosque de palmeras que sus aguas regaban, muere tambien, y entónces muchas familias se encuentran arruinadas. Estos pozos tienen en Tugurt 50 metros de profundidad; su seccion horizontal es un cuadrado de 10 centímetros delado, y se hallan revestidos de madera en sus paredes verticales. A veces la acumulacion de las arenas en el cauce de la corriente subterránea disminuye las aguas que saltan; en este caso es preciso que un hombre baje al fondo de esos pozos constantemente llenos de agua para sacar arena en un cesto, una vez que suben por medio de una cuerda. El buzo que debe bajar se tapa los oídos con sebo y activa la circulacion de la sangre colocándose junto á una hoguera encendida para este fin, bien que un sol ardiente le inunde con sus rayos todo el cuerpo. Estos hombres permanecen dos minutos y á veces dos minutos y medio en el agua; á veces sucede que no salen; entónces va uno de sus compañeros á sacar al buzo del fondo del pozo.

A ocho leguas al Sur de Biskra, está el Uad-Djedi, rio que se dirige del Oeste al Este y que solo lleva agua en la época de las lluvias.

A cinco leguas al Sur del Uad-Djedi está el Uad-Itel, que se dirige tambien hacia el Este, y en el cual se halla agua cavando su suelo á 2 metros de profundidad.

El Uad-Djedi y el Uad-Itel que corren por un terreno permeable, y al Sur de estos dos rios una porcion de receptáculos naturales que forman como otros tantos pozos absorbentes para las aguas de lluvia, son las fuentes que alimentan el rio caudaloso del Uad-Righ. Pasando de Biskra á Tugurt se encuentran los primeros pozos artesianos en El Meghair, aldea de la provincia de Tugurt situada á veinte y siete leguas al Sur de Biskra.

Así, pues, las caravanas que van de Biskra á Tugurt encuentran en su camino agua suficiente para cubrir todas sus necesidades, y de este modo en vez de las pruebas dispensadas que se han hecho en Biskra por M. Fournel que quiso reconocer desde aquel punto si serian practicable los pozos artesianos hacia el Sur, habrian debido hacerse los sondeos en el Uad-Righ, donde la perforacion habria traído aguas á la superficie, puesto que á cada paso se encuentran pozos artesianos.

En el bosque de Tugurt y sus inmediaciones se cuentan 190,000 palmeras y 50 pozos artesianos. Un pozo sirve pues para regar 3,600 palmeras y las huertas comprendidas en el espacio ocupado por los plantíos, espacio que será de 9 hectaras, admitiendo que las palmeras esten á 5 metros de distancia unas de otras. A los seis años ya da todos sus productos una palmera; vale 25 frs. y da 38 kilogramos de dátiles á 10 frs. quintal. Por consiguiente, las 3,600 palmeras valen 90,000 frs. y dan una renta anual de 27.000 frs.

Los gastos para el establecimiento de un pozo artesiano no serian considerables. La tierra del Uad-Righ es arcillosa; solo en el fondo del pozo se encontraria una piedrecilla calcárea tierna, acompañada de arena micacea; como los pozos en Tugurt tienen 50 metros de profundidad, se necesitarian 50 metros de tubos cilindricos, que á 30 frs. el metro hacen. . . . 1,500 frs.

Trabajos de perforacion y de colocacion
de los tubos á 40 frs. el metro. 500 frs.

Total—2,000 frs.

La obra podria durar un mes, contando por término medio á 1 metro 60 centímetros por dia.—Segun el método árabe se necesita un gasto que varia de 2 á 3000 frs., y el tiempo que se emplea, llega por lo comun, á un año.

Un matrimonio por fuerza.

A la puerta de una de las mejores fondas del barrio de las Tullerías acababa de parar una silla de posta tirada por seis caballos. Bajaron del carruaje dos jóvenes, mientras que un criado que los precedia preguntaba cuál era el cuarto dispuesto para el conde de Morianof.

— En el primer piso, núm. 3, respondió el fondista prodigando las mayores muestras de profundo respeto á los dos viajeros, cuyo tren anunciaba grande riqueza y no menor dispendio.

Entraron los dos jóvenes en un salon exquisitamente adornado: uno de ellos se tendió francamente en un sofá: el otro abrió una ventana y exclamó con un acento lleno de entusiasmo:

— ¡He aquí París! ¡qué hermoso! ¡qué animado! Decidme, querido Franville, ¿estamos lejos de la calle de Santo Domingo?

— A diez minutos de distancia, si vamos en carruaje con buenos caballos.

— Muy bien. ¿Supongo que no olvidásteis las condiciones de nuestro trato?

— Las tengo muy presentes, querido conde.

— No hay que perder tiempo: empecemos al instante.

— En buen hora. Mandad á vuestros cosacos que os

vistan: irémos á comer al café de Paris, y mañana tomareis la primera leccion.

El conde Anatolio de Morianof era un ruso del tipo primitivo, un moscovita inculto. En sus ademanes, en su andar, y hasta en el aire de su fisonomía, se observaba un no sé qué de poderoso y de vulgar al mismo tiempo. Era de alta estatura y de una belleza algun tanto selvática. M. Adriano de Franville, su compañero, en nada se le parecia, y jamás se vió mas pronunciado contraste. Si el uno ofrecia el modelo del verdadero ruso con toda su sencillez nacional, representaba el otro en toda su gracia al mas refinado parisiense; era un hombre diminuto, de veinticinco á treinta años, delgadillo, astuto, fino, florido, lleno de buenos modales, afectando los primores de una exquisita elegancia, siempre aplicado á agradar y á producir efecto: en una palabra, un perfecto dandy; la corteza mas brillante, y poca cosa dentro.

Estos dos hombres, que parecian tan poco hechos para entenderse, se habian encontrado en un jardin y en un salon donde se reune durante el verano la sociedad mas extraña de Europa, donde se hallan mezclados los elementos mas heterogéneos, en Baden. El ruso ostentaba allí todo su esplendor aristocrático; lleno de fiereza y orgullo, contemplaba el mundo desde la altura de su grandeza y de su ignorancia: el parisiense por el contrario, se entregaba á toda su frivolidad natural, y ponía en juego todos sus atractivos: veíasele revolotear en torno de las señoras, siempre risueño y burlon, pródigo de su persona, de su ingenio y de su bolsillo, tres tesoros que estaban muy lejos de ser inagotables. A pesar de la diferencia de sus caracteres, de sus situaciones y de la conducta que respectivamente observaban, el conde de Morianof y Adriano de Franville debian llegar casi al mismo término; pues uno y otro habian hallado en el camino de su vida una pasion que los llevaba derechos á la desesperacion.

El conde habia salido una mañana muy temprano para dar un paseo por los bosques que rodean el antiguo castillo. Sombrios pensamientos agitaban su espíritu: caminaba sin direccion, dando desafortunados pasos y apaleando los arbustos con su caña en los raptos de melancolía. De repente vió un hombre parado delante de un magnífico pinabete, en pié con los brazos cruzados y la vista fija en la cima del árbol. Al ruido que hizo el conde al acercarse, Franville (pues él era) se volvió y dejó adivinar la contrariedad que sufría viendo que le interrumpian en sus meditaciones. Sin embargo saludó cortesmente á Morianof, y se alejó de aquel sitio; pero el conde le siguió maquinalmente. No tardaron en hallarse en un paraje donde se cruzaban dos caminos, y Franville se detuvo con marcada intencion de dejar pasar al ruso delante y de tomar la senda que este no eligiese. Era tan clara esta manobra, que no podia escapar á la inteligencia y precaucion de Morianof.

— Perdonad, caballero, dijo el conde: ¿deseais estar solo?

— Sí señor, respondió Franville.

— Si lo hubiera sabido, os habria dejado mas presto.

— Sois amable con extremo.

— Y me pesa en el alma haberos incomodado cuando estabais contemplando aquel enorme pinabete.

— Cabalmente entónces estaba discurrendo que era un árbol hermosísimo para ahorcarse.

— ¡Ah! ¿tendriais el proyecto de acabar con vuestra vida? No quiero estorbaros. Adios, señor mio.

El mal humor de Franville no pudo resistir á esta salida: soltó la carcajada, y el conde repuso frunciendo las cejas:

— ¿Os parece un chiste lo que os he dicho?

— Sí tal.

— No veo en ello nada que no sea muy natural: yo tenia la misma idea.

— ¿La idea de ahorcarme?

— No precisamente de ahorcarme, sino de dar fin de otra manera: mirad, dos pistolas he traído conmigo: si gustais, os ofrezco una.

— ¿Sois por ventura inglés?

— No: soy ruso, y me llamo el conde de Morianof: vos sois francés, y os llamais Franville. Me habeis chocado, y me he informado de vos, porque de todos los hombres que hay en este momento en Baden, vos sois el que mas envidio.

— Es un honor que merezco muy poco.

— ¡Ah! ¡si yo fuese como vos, no pensaria en matarme!

— Ni yo tampoco si estuviera en vuestro pellejo.

— Daria 200,000 rublos por poseer vuestras prendas.

— Si pudiera venderlas, las cederia á mucho menos precio; y esto tal vez nos sacaria á entrambos de penas. Pero ¿podria, sin ser indiscreto, preguntaros la causa de vuestra desesperacion?

— El amor.

— ¿Y el motivo de vuestra melancolía?

— El juego. He perdido cuanto tenia y muchísimo que no tenia.

— Amo á una paisana vuestra y la adoro sin esperanza, pues ignoro el arte de agradar.

— Os desesperais demasiado pronto. ¡Matarse por amor, qué locura!

— ¡Matarse por dinero, que tontería!

Despues de darse mutuamente estas muestras de confianza, tomaron juntos los dos jóvenes el camino de la ciudad, y su conversacion los llevó á hacerse reciprocas ofertas de servicio. El conde puso su bolsillo á disposicion de Franville, que lo aceptó con una condicion.

— Quiero, le dijo, ponerme en estado de conquistar el corazon de la que amais; para esto es necesario que me reveleis todo entero vuestro secreto.

Entónces contó el conde á Franville que al llegar á Baden á principios de la estacion, habia encontrado á la baronesa de Vareilles, una de las mujeres mas lindas del arrabal de San German, y al momento habia sentido nacer en su alma una pasion violenta. La baronesa era viuda, libre, encantadora, razonablemente coqueta, y esta siempre rodeada de una turba de pretendientes. Aumentó el baron el número de estos, y fué bien recibido: hiciéronsele además algunos avances, ó al ménos así lo supuso; pero en breve echó de ver que madama de Vareilles se divertia con su mala gracia, y se complacia en hacerle cometer neceidades de que se reia con sus cortosanos. Llamábale su salvaje, y decia algunas veces: «mucho nos divertiremos esta noche, pues tengo ánimo de hacer bailar el oso.» El conde casi estuvo por amostazarse, pero le faltaron las fuerzas para ello: inclinó dócilmente la cabeza al yugo de la zumba, y fácilmente engañado por las graciosas chanzas de que era objeto, y tomando á la letra las dulces palabras con que se le acariciaba, tuvo la cándida vanidad de creerse amado. Entónces aguardó una ocasion en que hablar á la baronesa sin testigos, y cuando halló esta ocasion, expresó su amor como lo sentia, con la áspera energía y la brutal sencillez, que una mujer del gran mundo parisiense no podia comprender. Madama de Vareilles se guareció vivamente de tan brusco ataque, contentándose con responder:

— Hasta ahora me habeis hecho reir, caballero: en este instante me dais miedo.

— Despues de oir estas palabras crueles, continuó diciendo el conde, eché una mirada sobre mí mismo, y me ví precisado á reconocer toda mi indignidad. Sí, yo era un salvaje, un oso, un bárbaro, un rústico: lo soy todavía, pues no sé bailar, ni andar, ni saludar, ni sonreir, ni hablar como es necesario para que vuestras mujeres elegantes me distinguan. Solo un partido me quedaba que tomar: el de combatir y ahogar tan loco amor; pero en vano lo intenté. La baronesa no disfracó ya sus desdenes; y era tal mi debilidad, que echaba de ménos aquel tiempo en que se burlaban de mí. Ayer se volvió á Paris, y esta mañana, despues de una noche malísima, casi estaba decidido á poner término á mis dias, cuando me habeis encontrado.

— Por dicha vuestra, mi querido conde, pues me encargo de vuestra educacion. Dentro de poco tiempo habra desaparecido la corteza moscovita, os habré convertido en un parisiense hecho y derecho, y la baronesa quedará encantada de la metamorfosis, cuya honra recogerá toda entera.

A la mañana siguiente á su llegada á Paris, Franville presentó al conde sus criados cosacos, perfectamente afeitados y empolvados, con calzon corto y guantes blancos.

— No para aquí, le dijo; pues os he tomado un ayuda de cámara que ha servido al duque de... y dos *grooms* ingleses para vuestros caballos... Ahora vamos á empezar nuestro estudio. Que entre el maestro de baile.

La mañana siguiente se consagró tambien á la instruccion: despues del maestro de baile vino el maestro de música; luego el profesor de literatura. En seguida fueron los dos amigos á pasearse al bosque de *Boulogne*, y desde allí al casino y á la ópera. El conde buscaba por todas partes á madama de Vareilles, y Franville le aconsejaba que huyese de ella hasta mejor ocasion.

— No conviene verla, le decia, hasta que os halleis tan completamente mudado que podais producir en ella una impresion muy viva.

El ruso era dócil, y esta virtud nacional debia servirle tanto como su firme voluntad; trabajó con tanto ardor y paciencia, era Franville tan buen maestro, tenia el discípulo tan buenas disposiciones, que al cabo de seis meses el ruso se habia desvanecido enteramente para dejar á un dandy, modelo de buen tono, de ligereza y gracia. Citábase en todas las reuniones al conde de Morianof como tipo de un lujo de mucho gusto, como dueño de los mas bellos caballos de Paris y de los mas esplendentes carruajes. Los elegantes de la capital se esforzaban en igualarle; pero ¿cómo competir con un hombre que poseia veinticinco mil vasallos y sesenta leguas cuadradas de tierras y pueblos?

— Estoy muy satisfecho de vos, dijo un dia Franville á su discípulo: habeis sobrepujado mis esperanzas y tenido suficiente valor para imponer silencio á vuestra pasion. Esta misma noche quedará recompensada tanta virtud. Irémos al baile que da vuestro embajador: allí estará la baronesa.

Gran trabajo costó á madama de Vareilles reconocer en el brillante y gracioso caballero que ante ella se presentaba, al bárbaro rústico que tanto la habia divertido y escandalizado en Baden: y así que hubo caido en la cuenta, le dijo el conde:

— Esta metamorfosis es obra vuestra: por vuestro amor me he transformado de la manera que me veis.

La amable baronesa comprendió que esta era su mas bella y lisonjera conquista. Al pronto triunfó su vanidad; pero Franville, profundo observador, adivinó que no tardaria el corazon en ponerse de parte del amor propio.

Este primer instante de felicidad que Morianof experimentaba al cabo de seis meses, y este primer rayo de esperanza que brillaba en su alma, quedaron marchitos por un aviso que le dió uno de los secretarios de la embajada.

— Vuestra reputacion parisiense, le dijo el diplomá-

tico, ha llegado hasta San Petersburgo: el emperador ha pedido algunos informes acerca de vuestra persona. Ya sabéis que S. M. no gusta mucho de los ausentes que brillan fuera de su corte; y de temer es que venga muy pronto una orden imperial que os obligue á salir de Francia y á restituíros á vuestra patria.

En efecto, el peligro era inminente, y para conjurarle recurrió Morianof á un arbitrio que en semejantes circunstancias suelen emplear con buen éxito los rusos opulentos. Compró dos magníficos cuadros y se los regaló á su soberano.

Uno de estos dos cuadros era de Decamps, y el otro de Pablo Delaroche: bien valia esto una prolongacion de ausencia, que el conde aprovechó para hacer rápidos progresos en el corazon de la baronesa. Fueron las cosas tan en popa, que al fin se pronunció el nombre de matrimonio; pero un ruso ilustre no puede casarse en país extranjero sin consentimiento del Czar. M. de Morianof compró otros dos cuadros, y añadió á ellos dos estatuas, un tapiz de la famosa fábrica llamada *Les Gobelins* y un servicio de porcelana de Sévres: en la carta de remision solicitó el beneplácito imperial. Aceptó el Czar los regalos del conde; pero le negó el permiso para casarse con madama de Vareilles: además, el augusto soberano mandó á su fiel súbdito que volviese á San Petersburgo en un plazo muy breve, so pena de ver sus bienes confiscados, y algunos de sus próximos parientes enviados á Siberia.

Era forzoso obedecer. El conde partió, prometiendo á la baronesa que presto estaria de vuelta.

No era el conde tan buen cortesano que pudiese ocultar sus pesares, y el Czar le regañó porque no preferia San Petersburgo á Paris, y el capricho imperial á su pasion. Morianof habia confiado en un principio que á fuerza de sumision, de respeto y de súplicas lograria despertar la clemencia de su soberano y alcanzar aquel consentimiento tan cruelmente negado; pero el Czar no era hombre que se contentase con poco cuando atormentaba una víctima.

— Conde de Morianof, dijo un dia el príncipe sonriendo, sé que tenéis grandísimos deseos de casaros, y para daros gusto os he buscado una esposa; la señorita de Latanieff, hija única del valiente general de este nombre. He decidido que el matrimonio se celebrara dentro de tres semanas.

Un rayo fué para el conde esta noticia. Recobrado del primer asombro, pidió al Czar el favor de una audiencia particular, y allí, con todas las fórmulas del respeto mas profundo, se negó á admitir el honor del enlace que se le habia propuesto.

— ¿Os rebeláis, señor conde? exclamó el Czar: bien veo que os he dejado permanecer demasiado tiempo en Francia.

— Señor, repuso Morianof, no quisiera ofrecer á una protegida de V. M. un corazon que pertenece á otra.

— ¿Cómo! ¿os acordáis todavía de la baronesa de Vareilles? Os prevengo que jamás obtendréis mi consentimiento para semejante matrimonio, y no os permitiré volver á Paris sino cuando esteis casado. Pensadlo bien, y cuidad de que yo no encuentre la mansion de San Petersburgo demasiado agradable para un súbdito desobediente.

— Ya puedo disponer mi viaje para Siberia, dijo Morianof al entrar en su casa.

Pero ¿cuáles no serian su admiracion y su alegría cuando á la puerta de su palacio encontró á su amigo Franville?

— ¿Y la baronesa? exclamó al punto: dadme nuevas de Mad. de Vareilles: sin duda han interceptado sus cartas, pues en un año que hace que vine, ni una sola línea he recibido escrita de su mano.

— Quería venir; pero el embajador tenia órdenes, y se ha negado á firmar su pasaporte.

— ¡Tantos obstáculos habrán debilitado su amor!

— Al contrario: los obstáculos han irritado su pasion. Sabéis que es viva de ingenio y ardiente imaginacion. Hemos hallado un medio algo extravagante.

— ¿Qué medio? hablad, querido Franville.

— No; bastante he dicho ya. El medio está en un *Vau-deville* francés que veréis representar esta noche en el teatro, adonde iremos juntos. Podeis presentaros en mi compañía: pues para alucinar á vuestro receloso gobierno, he tomado pasaporte en la embajada inglesa bajo el nombre de sir Arturo Reynolds.

Por la noche, Morianof y Franville estaban en el teatro, ocultos en los asientos mas oscuros: el cartel habia anunciado una *debutante*, y cuando esta se presentó en la escena, Franville no tuvo tiempo mas que para poner su mano en la boca del conde que habia reconocido á Mad. de Vareilles.

— Sí, ella es, amigo mio. ¿Pensaréis ahora que su amor se ha debilitado? Venid á los bastidores y allí la haréis la corte. — ¡Cómo! ¿pretendeis que yo obre de ese modo y sin misterio?

— Debeis obrar abiertamente: os enamoraréis de la actriz, haréis locuras por ella, y concluiréis por firmarle una promesa matrimonial.

El siempre dócil Morianof se dejó guiar por Franville y por la baronesa, é hizo cuanto quisieron. Al cabo de pocos dias no se hablaba en San Petersburgo mas que de la pasion del conde á la actriz francesa. El Czar, que se ocupa bastante de los asuntos del teatro, no sabia qué pensar de este amor, y concluyó por imaginar que Morianof no tenia otro designio que el de romper enteramente todo proyecto de matrimonio con la señorita de Latanieff.

— Yo castigaré su insolencia, dijo.

— Ya se disponia á firmar una orden de destierro para

la Siberia, cuando se presentó la actriz á implorar su justicia contra el conde de Morianof.

— ¡Me ha engañado, decia, me ha dado esta promesa firmada de su mano y no quiere cumplirla!

En cualquier otra ocasion hubiera hallado el Czar muy ridiculas las pretensiones de una cómica que queria obligar á un gran señor ruso á casarse con ella, bajo el frívolo pretexto de un compromiso solemne; pero ahora se trataba de una venganza imperial. Brilló en el rostro del Czar un relámpago de alegría; mandó llamar á Morianof y le dijo:

— Un hombre bien nacido debe ser esclavo de su palabra. Os habeis resistido á casaros con la hija del príncipe Latanieff; gustais de las francesas: os casaréis con esta jóven: yo lo mando.

El conde fingió alguna resistencia: luego cedió y se celebró el matrimonio.

— Ahora, le dijo el Czar despues de la ceremonia, bastante castigado estais: os permito vender vuestros bienes é ir á estableceros en Paris con vuestra mujer que os dará infinita honra.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Los primeros bailes; el placer de otro tiempo y el de hoy. — El placer triste está á la moda. — No se puede decir que el hábito no hace al monje. — Resurreccion de las modas antiguas. — Vestido para una reina de hermosura. — Dos trajes originales. — De lo que es una revista de la moda. — Sombreros para salir en carruaje y á pié y adornos de baile. — Descripción del figurin de este número.

Por fin se baila, ó á lo ménos parece que se baile; Paris á decir verdad, no tiene el corazon muy alegre, pero muchas veces se sonrie en la vida con los ojos rebosando lágrimas. La señora duquesa Pozzo di Borgo ha vuelto á dar sus brillantes tertulias todos los miércoles. La marquesa de Beudelièvre y madama de Behague han inaugurado las pocas fiestas que da el barrio de la nobleza todos los inviernos. Tambien hemos tenido bailes oficiales y recepciones en las Tullerías, y en algunas casas particulares se han bailado ya las primeras contradanzas. Sin embargo, la alegría no cunde rápidamente, no es como en otros tiempos en que el placer era franco y sincero, y se bailaba por gusto de bailar, como el pájaro canta; hoy el placer es un caballero vestido de frac negro ó azul, con corbata blanca muy tiesa, con bigotes retorcidos, que en lugar de bailar hace reverencias, que cuando quiere reir se muerde los labios, porque no es de buen tono mostrarse alegre, que cuando oye una buena pieza de música debe aparentar que no tiene oídos, ni corazon, ni alma, y cierra los ojos como un hombre que se duerme. Tal es la fotografia del placer en 1855; este es el caso de decir: mas vale estar triste.

En nuestro siglo nadie quiere parecer lo que es; todo el mundo finje, hombres y mujeres, no exceptuó á nadie. Lo único que triunfa es el traje; hoy sí que es imposible decir: el hábito no hace al monje.

Ocupémonos, pues, de trajes, ya que son el todo en nuestro tiempo. — Los de bailes son muy variados, muy voluminosos; diríase que volvemos al tontillo, pero al tontillo con mas perfollos que los que gastaban nuestras abuelas; los otros tienen un sello oriental, ó un estilo Francisco I muy pronunciado. Se vuelve tambien á los vestidos con adornos al lado, y á los vestidos abiertos en delantal; todo se resucita en nuestros dias. La moda nueva es en realidad la de hace diez años y no la de hoy. Ya se vé, nos cansamos tan pronto del presente, se echa tanto de ménos lo pasado, y se tienen tantas esperanzas para el porvenir! Los vestidos con adornos al lado, aunque carecen del atractivo de la novedad, son siempre bonitos y elegantes. Voy á describir uno de moaré antiguo: la falda lleva á cada lado de las caderas, un paño de raso blanco, ancho por abajo y que remata en punta á la cintura; sobre el raso blanco hay un afollado de punta de Inglaterra, y á cada lado de la abertura simulada, se ve un volante del mismo encaje cosido llano; luego hay tres ramilletes de azucenas, de rosas de cien hojas, y de yedra diamantina y plateada colocados graciosamente de distancia en distancia. El corpiño es aplastado, en forma de acerico, escotado y con una berta de punto de Inglaterra forrada de raso blanco. Sobre el encaje se ven broches de yedra, de trecho en trecho, que caen con mucha gracia; la yedra produce un efecto de coquetería inimitable.

Ahora voy á describir otro vestido mas original y caprichoso, pero advierto que solo una reina de hermosura puede llevarlo. Este vestido es de raso blanco con una falda adornada con tres volantes de encaje de Chantilly; los volantes de encaje negro van pegados sobre tul blanco que sobresale y que lleva de guarnicion por ambos lados un galoncito de terciopelo negro: entre cada volante de encaje negro, hay cuatro afollados de tul rizado, con una lluvia de lazitos blancos, negros, y de color de rosa, que corren unos de otros como alegres mariposas; el bajo de la falda lleva cinco afollados de tul con iguales lazos; el corpiño de raso blanco tiene dos afollados de tul blanco con guarnicion de encaje negro, que figuran tirantes. El peinado que se lleva con este traje un tanto fantástico, es un rodete griego de rosas blancas y de color natural, son largas hojas y tallos de terciopelo negro.

Voy á describir otros dos trajes, uno muy vaporoso y el otro muy espléndido. El primero se compone de tres volantes de gasa blanca, adornados con mosquitas de filpilla blanca y con una basquiña tambien de gasa con el mismo adorno que los volantes sobre un transparente de tafetan blanco; en medio de cada mosquita brilla una perla blanca; los contornos de los volantes y de la basquiña, llevan guarnicion griega de blonda blanca; el corpiño es aplastado con solapas de gasa y de blonda; un grueso ramillete de orguideas de terciopelo color de cereza, va prendido en su cintura con dos rastos de hojas de terciopelo que suben sobre las solapas y se abren en cada hombro en una ancha flor orguidea; los rastos continúan despues

formando tirantes por la espalda, y caen en dos puntas de hojas y de botones sobre la basquiña, hasta muy abajo.

El segundo traje se compone de dos faldas; la de abajo es de muaré antiguo blanco adornado con un volante imitacion de Inglaterra, de 30 cent. de alto; al borde de la falda se ve en canelones un afollado de pliegues vueltos, cinta número 72, que sostiene el borde del volante á cuya cabeza se extiende un cordón de gruesas perlas blancas; la falda de encima es de terciopelo *epingle* azul celeste; el bajo de la falda va cortado en picos muy agudos, guarnecidos al rededor con un cordoncillo de plumas sumamente ligero; en el hueco y á la punta de cada pico, se ve un lazito y una hojita de parra de perlas blancas; los picos adornados de perlas, caen sobre la cabeza del volante de la segunda falda. Hay dos corpiños: el de la falda de debajo es muy escotado y en punta, y el de terciopelo azul celeste está cortado en V, y va caido y guarnecido con un cordoncillo de pluma; otros cordoncillos de perlas muy pequeñas atraviesan la parte del corpiño azul que forma la V, y llevan en medio una hoja de parra de perlas, alternando con otra de diamantes. La manga de debajo se compone de un volante de imitacion puesta por arriba, cosido llano y fruncido por detrás del brazo. Esta manga va cubierta con otra manguita azul cortada en punta y adornada como la falda.

Me he extendido un poco sobre la hechura de los vestidos y los adornos, porque nada me parece indiferente cuando se trata de elegancia: una revista de modas es un boletín oficial de la moda, no hay que olvidarlo. Además es un código de coquetería, que debe enseñar el modo y los medios de ser coqueta.

Verbigracia, se desea saber cómo se llevan los sombreros y los tocados á la orden del dia, pues se leen los decretos siguientes:

Para salir en coche:

— Sombrero de terciopelo *epingle* blanco, con cintas de terciopelo y blonda; los lazos se componen de rollos de terciopelo *epingle*; sobre el ala, no hay mas que una puntilla de blonda formando lazo á la Fontange; por dentro *ruche* de blonda, diadema de encaje negro, y una rosa de Bengala á la izquierda.

— Sombrero de terciopelo *epingle* color de malva, y encaje negro; con ala calada cubierta con tres rollos de terciopelo malva guarnecido de encaje, formando dos anchos lazos por un lado, y un solo lazo por el otro, y en el medio dos plumas, una de color de malva al borde del ala, y la otra negra que cae por detrás.

Para salir á pié:

— Sombrero de tafetan negro cubierto de tul negro bordado ricamente de azabache; plumas negras á cada lado; interior de encaje negro y azabache; este bonito sombrero puede llevarse para luto.

— Sombrero de terciopelo rubí, con borde de tul negro rizado de encaje; por un lado hay cinco plumas negras y rubíes, retorcidas con arte, y por el otro se ve un grueso rizado de encaje de Chantilly; interior de encaje negro, con campanillas de terciopelo azul celeste, y puntas de azabache y un lazo de terciopelo azul.

Para soirés y baile:

— Adorno *cache-peigne* de blonda calada en relieve con rosas y rastos de botones de rosas y de hojas.

— Adorno á la italiana, de encaje negro y blanco; se compone de anchas cintas de encaje, dispuestas en lazos largos con las puntas de encaje negro y blanco; al lado rosas de Bengala.

— Adorno de lazos de terciopelo negro y de encaje de oro mezclados; esto es, el encaje de oro cae sobre el negro.

— Adorno formado de un *pouff* á la emperatriz, de terciopelo color de cereza con cuatro hileras de gruesas perlas de oro que caen sobre el cuello.

— Tocado Hebé, compuesto de cuatro cordones de terciopelo azul celeste con perlas blancas.

— Tocado Musa de serval color encarnado, con hojas de encina y blancas.

Para completar este cuadro de prendidos de baile, terminaré con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de baile, de sério y de máscaras.

El primero es un traje mejicano, dedicado á una de nuestras bonitas suscriptoras; he aquí como debe reproducirse, y cómo está dibujado en nuestra lámina:

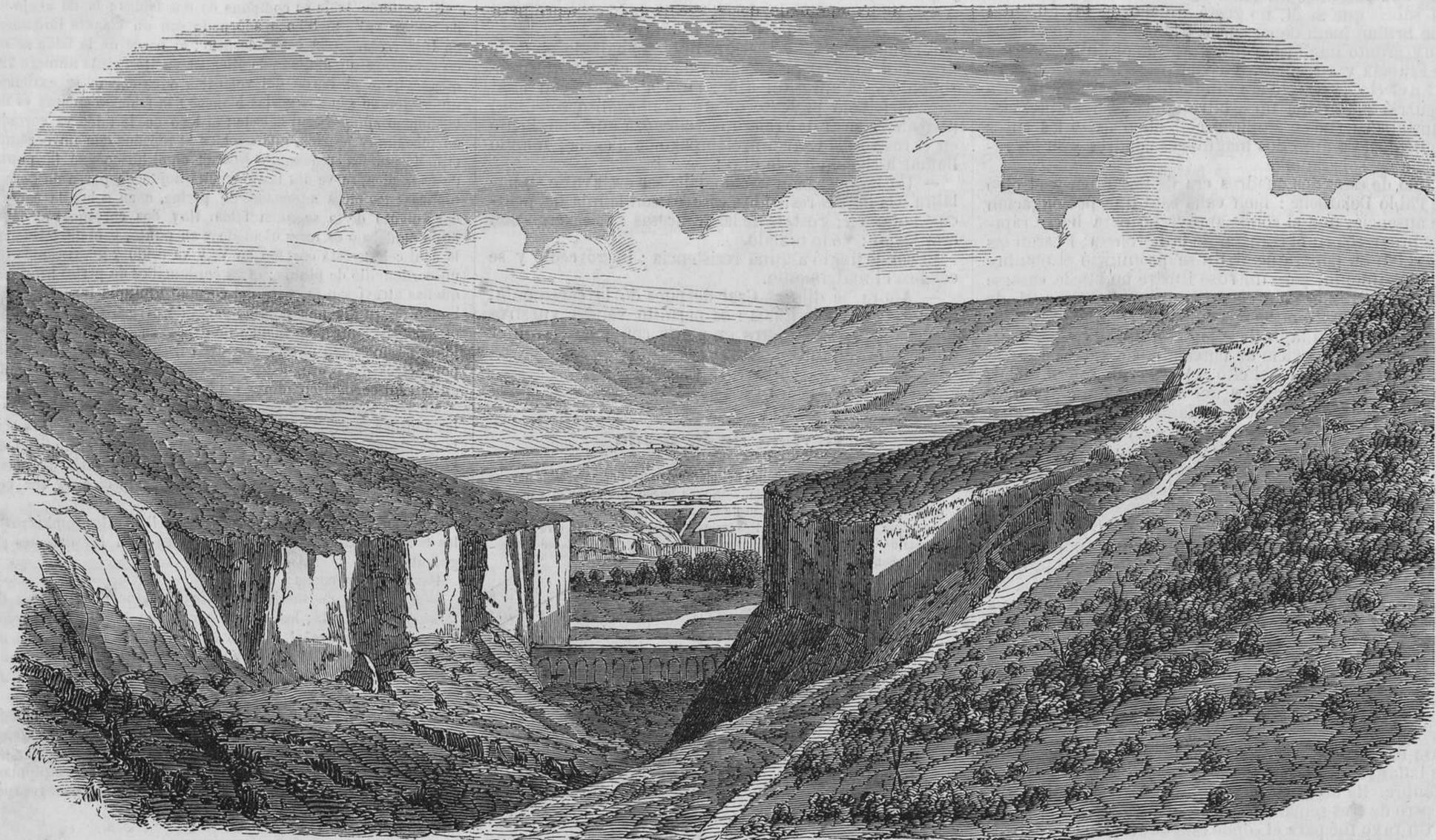
Falda de paño rojo de dibujo adamascado, con bordados de oro; el alto de la falda es de seda amarilla; falda interior de seda con rayas azules, blancas y oro, guarnecida con un ancho encaje de plata; camisa de batista bordada de seda de color; basquiña de encaje. Tocado de cintas y perlas; collar de gruesas perlas blancas y corales; brazaletes de perlas y de coral; medias de seda encarnada con bordados de oro y zapato de raso negro.

Segundo traje: — Vestido de tafetan azul con doble falda, adornada con hermosas flores azules y blancas; cada falda lleva un fleco de seda blanca, y de distancia en distancia cuelga una bellota de seda azul; corpiño aplastado y escotado con berta guarnecida con fleco y punto de Inglaterra; berta de plumas azules, sembrada de ramitas blancas, tambien de plumas; brazaletes de oro con piedras; tocado natural, compuesto de bucles á la duquesa, con *cloche-peigne* de gruesas rosas etc.

Tercer traje; marquesita del tiempo de Luis XV; falda de damasco blanco con ramilletes de rosas estampadas, y abierta sobre un delantal de muaré antiguo liso, adornado con dos altos volantes de punto de Inglaterra; sobre cada volante de encaje, *ruche* de cinta color de rosa; á cada lado de la abertura de la falda, una gruesa *ruche* de cinta color de rosa y un ramillete de rosas; corpiño de estilo Watteau muy en punta, con lazos de cinta color de rosa; arriba en el lado derecho, una rosa de cien hojas; mangas Luis XV aplastadas por arriba con *ruche* de cinta color de rosa y dos volantes de punto de Inglaterra; peinado empolvado con un ramo de rosas y cinta del mismo color; guantes negros con *ruche* de cinta rosa.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Dos vistas de Inkermann.



El barranco de los zuavos, en Inkermann.

Posteriormente á la carta que hemos recibido del teatro de la guerra y que publicamos en otro lugar, nos han llegado también nuevas noticias y dos dibujos representando dos vistas de Inkermann. Las noticias se refieren á los adelantos que hacen por instantes las obras de sitio; los trabajadores no cesan de dar pruebas de día y de noche del mayor valor y de la voluntad más firme. Todas las baterías de los franceses están ya prontas, y solo se espera por los ingleses que han tenido que vencer grandes obstáculos para establecer sus posiciones, y después han estado aguardando las piezas de grueso calibre y los morteros que les envían de Inglaterra y que parece han llegado ya á Balaklava.

« Los últimos trabajos de nuestras líneas, dice M. Durand-Brager, son admirables y muy sólidos; todas las antiguas baterías se han aumentado, y se han reforzado sus defensas. Las nuevas son más notables; hay sobre todo una batería de morteros, donde es imposible que alcance una sola bala de los enemigos.

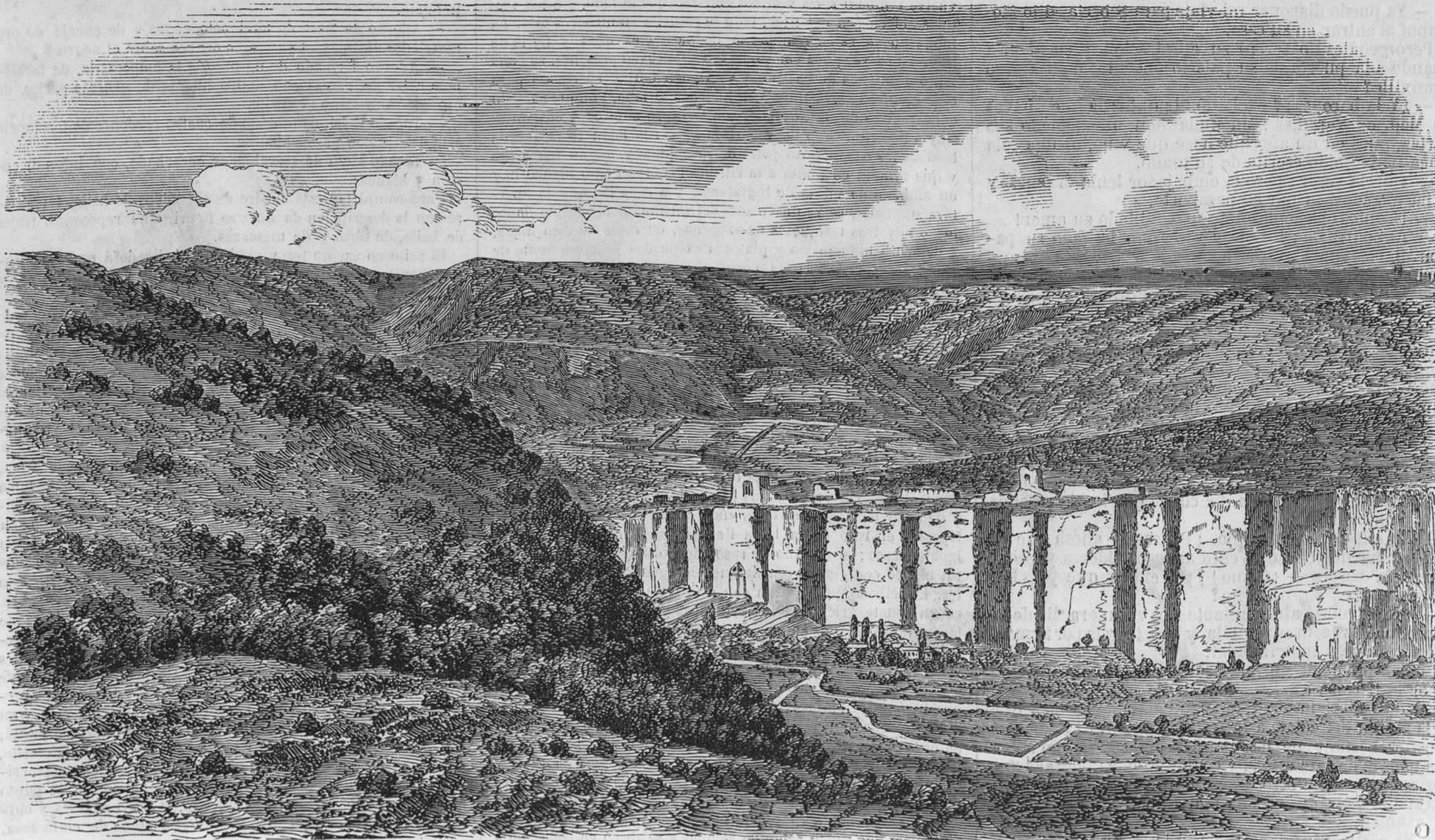
» Muchas de nuestras baterías están sobrepuestas las unas á las otras, y en anfiteatro; su efecto será desastroso para la plaza; todo el mundo desea que se comience el ataque, pero hay que tener un poco de paciencia, y así lo comprenden nuestros soldados, pues reflexionan que *chi va piano va sano, e certo*.

» Envío á Vds. el dibujo del famoso barranco de los

zuavos, que es el punto donde más sufrieron los rusos. Este barranco estaba lleno de cadáveres de hombres y de caballos, sobre todo de los trenes de artillería. En el fondo del barranco, y cerrando la llanura se ve uno de los acueductos que llevaban el agua á Sebastopol, y más allá el Tcharnaia y las alturas de Inkermann, donde acampa en este momento el ejército ruso.

» El último dibujo es una vista de las ruinas de Inkermann tomada de la altura del reducto, que es donde el combate estuvo encontrado largo tiempo, después de haberse tomado y perdido tres veces consecutivas.»

L. P.



Ruinas de Inkermann de la otra parte de Tcharnaia.